

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Continente controlado

Controlar todo un continente no puede ser precisamente una tarea fácil. Sin embargo, existe esa pretensión por parte de determinados organismos, no importa lo que cueste, pues el beneficio a obtener se supone grandioso. Entre estos organismos no podía faltar la CIA, que pone en marcha en África la instalación de una emisora de radio muy especial a la que se asigna el nombre de AAFR, es decir, All Africa Friendship Radio (Radio Amistad Toda África). Con tal fin, la CIA procede a la creación de una Escuela que se encargará de formar técnicos y expertos en radio para que por medio de la colosal emisora difundan en toda África mensajes de amistad y armonía que hagan comprender a todos los africanos que lo mejor que les puede ocurrir es contar con la amistad de los Estados Unidos de América…



Lou Carrigan

Continente controlado

Brigitte en acción - 468

ePub r1.1
Titivillus 07.01.2018

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

El yate ostentaba en la proa el nombre de White Bird y en la popa ondeaba la bandera británica. Era más bien pequeño, pero de blanca apariencia encantadora. Navegaba lentamente por las proximidades de las islas Seychelles, en dirección a la mayor de éstas, Mahé, en la cual se halla la capital, Victoria. Atrás iba dejando un bello surco de blanquísima espuma que pronto era absorbida por el tono azulado de las límpidas aguas.

El día amanecía espléndido, refulgente de sol que lo llenaba todo de luz. En aquella parte del mundo, en aquella pequeña porción de mar, todavía podía conservarse la ilusión de que el planeta Tierra seguía siendo el paraíso original, ese paraíso que los seres humanos habían degradado tanto hacía ya tanto tiempo…

El atlético negro que había estado mirando con prismáticos en todas direcciones desde que amaneciera pocos minutos antes, murmuró, en inglés:

—Ahí lo tenemos. La información era correcta.

Junto a él había otro negro, igualmente atlético, fuerte, aunque no resultaba demasiado simpático. Tampoco tenía cara de buenos amigos el primero. Más bien ambos parecían gente de la que más valía guardarse con todas las precauciones posibles.

—Déjame ver.

El negro de los prismáticos se los tendió a su compañero, y dijo:

—Voy a llamar a los otros.

—No parece que en ese yate pueda viajar demasiada gente… Quizá no seamos necesarios los cuatro.

—No quiero complicaciones ni fallos, de modo que iré a despertar a los otros. Tú sigue mirando, por si ves algo que valga la pena.

El primer negro se metió dentro de la grande y destartalada lancha en la que llevaban más de veinticuatro horas navegando,

siempre alrededor de la isla Mahé, de las Seychelles, a la espera del yate White Bird, que por fin había, aparecido. Todo lo que sabían era el nombre del yate y que en éste llegaba «alguien muy importante» a quien debían secuestrar.

En el interior de la lancha, los otros dos negros dormían profundamente, tendidos sobre viejas colchonetas hinchables de plástico y envueltos en viejas mantas. No había que hacer bromas con el frío nocturno del mar, aunque este mar fuese el Índico y la zona se hallase próxima al ecuador.

El atleta los despertó con sendos puntapiés, y los dos abrieron los ojos en el acto y le miraron expectantes.

—El yate —dijo escuetamente—. Venga, arriba.

Los dos negros se incorporaron sin rechistar, sin el menor titubeo. Estaban allí para atender el asunto del yate, no para dormir. Y cuanto antes terminasen el asunto antes podrían volver a tierra firme a disfrutar del dinero ganado.

—Preparad la ametralladora, pero no os pongáis nerviosos. Me parece que todo va a ser muy fácil.

—¿Por qué lo crees así?

El atleta encogió los hombros, y regresó a cubierta. Allí, su compañero de aquel turno de vigilancia seguía escrutando con los prismáticos la presencia del blanco y delicado yate cuyo nombre era White Bird. Es decir, Pájaro Blanco.

—¿Algo nuevo?

—Nada, Moy. No hay movimiento. En la cabina hay un negro gobernando el yate, pero no se ve a nadie más.

—Sigue mirando.

El llamado Moy miró al piloto que conducía su lancha, el cual le devolvió una mirada expectante. Moy le hizo señas de que esperase, y fue a ayudar a los otros dos a colocar adecuadamente la ametralladora. Una vez emplazada ésta en la cubierta de popa, Moy regresó junto al de los prismáticos.

—¿Qué? —se interesó.

—Todo sigue igual.

—¿Has visto si el piloto de ese yate nos ha mirado con prismáticos?

—No ha hecho nada de eso. Se ocupa de navegar hacia Mahé, eso es todo. Podemos terminar el asunto en un par de minutos.

Moy asintió, y miró al piloto de su lancha, haciéndole señas de que por fin se acercase al yate que navegaba lentamente en el fresco, delicioso amanecer. Las aguas parecían del más puro cristal. El sol naciente arrancaba destellos bellísimos de las leves ondulaciones, y bajo éstas se sucedían como explosiones de color cuando pasaba alguno de los bellos peces de la zona.

La lancha se fue aproximando al yate, que seguía navegando normalmente. Sin duda, el tripulante único no debía de temer nada. La idea de un acto de piratería al amanecer, cerca de Mahé, y perpetrado por cinco negros contra un yate que exhibía bandera británica ni debía pasar por su imaginación.

Se desengañó muy pronto, cuando la lancha se colocó junto al yate y, además de captar las señas conminatorios del atlético Moy, el tripulante pudo ver, con no poco pasmo y todavía más sobresalto, la ametralladora emplazada en la popa de la lancha; ametralladora que uno de los hombres apuntaba hacia el yate.

En cuestión de segundos, todo cambió. El piloto del yate miró con más atención e intención a los negros de la lancha, y comenzó a reparar entonces en detalles a los que antes no había prestado la menor atención: vestían de modo diferente a los negros de la isla, no eran pescadores, sus rostros no resultaban en absoluto amistosos, y, por si todo esto no fuese suficientemente revelador, bastaba una mirada a la ametrallara para comprender que la situación no se presentaba nada tranquilizadora.

Le llegó la voz del más alto y fuerte de los negros, y, aunque no pudo oír bien lo que le decía, tampoco hacía falta. Era muy sencillo: o paraba los motores del yate o iban a convertir éste en astillas con la ametralladora. Y ciertamente, no era ninguna broma.

De modo que la elección era simple, y el tripulante del Pájaro Blanco optó por la mejor. Detuvo los motores del yate, y dejó que éste, ahora sin más ruido que el del casco contra las cristalinas aguas, se fuese deslizando, siempre con la popa hacia el sol.

Para cuando perdió su último impulso de inercia y quedó flotando con suave balanceo, ya Moy y dos de sus compañeros habían escalado ágilmente el yate tras saltar a su borda desde la de la lancha. En ésta quedaron el piloto y el encargado de la ametralladora. El tripulante del yate asomó el rostro fuera de la cabina, para oír mejor lo que le decía Moy mientras le apuntaba

amenazadoramente con un dedo:

—Quédate ahí, y si intentas algo date por muerto. ¿Has comprendido?

El hombre dijo que sí, se quedó en la cabina de mandos, y eso fue todo. No es que fuese demasiado cobarde: era que sabía que si intentaba algo lo iban a acribillar, ya fuese con la ametralladora o con las pistolas que empuñaban los tres hombres que habían abordado el yate.

Esos tres hombres se habían introducido ya en el salón del yate, del cual arrancaba al pasillo que conducía por un lado a la zona de servicios y por otro a los camarotes. A una seña de Moy, sus dos compañeros fueron hacia la zona de servicios, de la que regresaron inmediatamente, moviendo la cabeza con gesto negativo.

—No hay nadie —susurró uno de ellos.

Moy frunció el ceño, reflexionó un par de segundos como por simple obligación, y luego señaló el pasillo hacia los camarotes. En el yate solamente había tres pequeños camarotes, y cada hombre se encargó de abrir la puerta de uno y echar un veloz vistazo a su interior. Uno de esos hombres y Moy no vieron a nadie en su respectivo camarote. El otro negro dijo:

—Eh, aquí.

Se acercaron a él, Moy miró por encima de su hombro, y vio a la mujer.

Y nada más verla, Moy tuvo la idea y el deseo súbito de poseerla, mientras sentía en todo su cuerpo el feroz despertar del deseo hacia una mujer como aquella: blanca, perfumada, cálida, hermosa. Era tan hermosa que incluso impresionó realmente a Moy, que era pura y simplemente una bestia sin entrañas.

Moy apartó a su compañero, y entró en el camarote. Ella se había sentado en el borde del lecho, y le miraba con los azules ojos muy abiertos. Llevaba puesto un bonito pijama azul, de color parecido al de sus grandiosos ojos.

Sobre el seno izquierdo, que destacaba dulce y sugestivamente bajo la sedosa tela, había dos letras, una B y una M, bordadas en negro; en un tono negro parecido al de la alborotada y espléndida cabellera de la mujer, cuyos ojos iban ahora de uno a otro negro, velozmente, ya todos dentro del reducido camarote.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó de pronto—. Aunque

sean amigos de…

Pareció reparar entonces, y sólo entonces, en que los tres negros empuñaban sendas pistolas, y enmudeció bruscamente, mirando ahora las armas.

Moy se acercó a ella, agarró con la mano izquierda la chaqueta del pijama por el escote, y dio un tremendo tirón, como consecuencia del cual la prenda se rasgó y quedó en su mano, mientras la hermosísima mujer rodaba por el piso siguiendo la brutal tracción efectuada por el negro. Ella se sentó enseguida, vio la mirada de Moy fija en sus pechos, y alzó los brazos para intentar ocultarlos.

Moy sonrió, mostrando sus hermosos dientes blancos pero como barnizados de una leve costra oscura. Apuntó a la mujer con su pistola, y dijo, en inglés:

—Si no baja las manos le meto una bala en el vientre.

Ella parpadeó, y acto seguido bajó las manos, dejando visibles sus hermosísimos pechos. Moy se acercó, la agarró por los cabellos, y tiró de ellos, poniendo en pie a la mujer. Luego, con la mano izquierda, le acarició los pechos, turgentes y vibrantes. Un destello de furia sexual pasó por los ardientes ojos de Moy. En aquel momento todo lo que deseaba en la vida era hacerle el amor a aquella espléndida mujer, pero de pronto recordó por qué él y sus compañeros habían estado esperando el yate White Bird, y preguntó:

—¿No hay nadie más a bordo? ¿Sólo usted y el piloto?

—Sí… Sólo nosotros.

—Entonces… ¿no ha llegado la persona importante que debía ser recogida en el mar después de lanzarse en paracaídas desde un avión privado?

—No… No ha llegado nadie.

—Pero ustedes están navegando porque esperan a esa persona, ¿no es cierto? Ustedes saben que alguien importante va a llegar en avión al amanecer, y han acudido a recogerlo, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto… Sí.

—Pero no ha llegado.

—Ya ve que no.

—¿Quién es él y por qué no ha llegado?

—No sé quién es él ni por qué no ha llegado. Jonás y yo salimos

con el yate a recogerlo al sitio convenido, pero ni apareció el avión ni sabemos qué ha podido ocurrir.

—¿Y eso qué puede significar?

—Nada. Simplemente tendremos que volver mañana a ver si aparece el avión y esa persona salta para que luego nosotros lo recojamos.

—Y entonces lo llevarán a ver al técnico, ¿no es eso?

—¿Qué técnico?

Moy entornó amenazadoramente los ojos, pero de pronto sonrió, casi amablemente.

—Escuche, nosotros estamos aquí para capturar a ese hombre importante y hacerle unas preguntas. Todo lo que sabíamos era que llegaría, que saltaría desde el avión, y que sería recogido por el yate White Bird para ser llevado a ver al técnico. Por fin, hemos encontrado el yate, pero la persona importante no ha llegado. Sin embargo, puesto que usted y Jonás tenían que llevarla a ver al técnico en cuanto llegase, significa que saben dónde está el técnico, ¿comprende?

—Sí…, comprendo.

—Es decir, que es inútil que niegue saber dónde está el técnico. No tiene sentido, ¿verdad?

—No, no lo tiene —admitió serenamente la mujer.

—De acuerdo. Mañana al amanecer volveremos con el yate a esperar a esa persona importante. Pero mientras tanto, usted nos va a llevar a donde está el técnico esperando a esa persona importante. ¿Comprende?

—Sí señor.

—Bien —Moy sonrió de nuevo—… ¿Dónde está el técnico? ¿En Mahé?

—No. En Silhouette.

—Ah, en esa otra isla tan interesante… Está bien —Moy miró a sus compañeros, y dijo—: Decidle al piloto del yate que ponga rumbo a Silhouette, y a Sammy que nos siga con la lancha. Y no hace falta que volváis por aquí, ya saldré yo a reunirme con vosotros cuando haya terminado de obtener información de la señora.

Los dos negros miraron a la mujer, miraron de nuevo a su compañero Moy, sonrieron maliciosamente, y, sin más,

abandonaron el camarote. Moy miraba muy sonriente a la morena de ojos azules.

—¿Te gusta hacer el amor? —preguntó.

—Me gusta mucho —admitió ella.

—Pues lo vamos a hacer. Lo vas a pasar muy bien conmigo, porque soy muy ardiente, muy fuerte, y tengo la cosa muy grande. Mira.

Diciendo esto, Moy había bajado la cremallera de sus pantalones y sacado al exterior sus enormes genitales, en plena excitación. La hermosa mujer los miró, miró los ojos de Moy, volvió a mirar los aterradores genitales, y, sin más, alzó veloz y fuertemente la pierna derecha, aplicando un escalofriante punterazo que acertó de lleno los testículos del apasionado negro.

Moy lanzó un bufido de sorpresa y dolor, y retrocedió un paso mientras sus ahora saltones ojos contemplaban con desconcierto a la mujer. Ella le siguió el paso retrocedido por Moy, dispuesta a golpear de nuevo con el pie, y Moy, que todavía no comprendía la verdad de la situación y ni se le ocurría disparar contra una mujer que le gustaba tanto y con la que pensaba pasarlo tan bien haciendo el amor, procedió a proteger los genitales con ambas manos cruzadas ante ellos.

La pierna derecha de la mujer se movió de nuevo, el pie silbó, y Moy ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse: la punta del pie, recogida, le golpeó con seco impacto en la sien izquierda. Moy puso los ojos en blanco, emitió un grotesco suspiro, y se desplomó de espaldas, como un saco.

Al menos, había disfrutado del bellísimo espectáculo que había significado la mujer moviéndose con aquella velocidad, seguridad y potencia. Algo jamás visto antes por Moy en mujer alguna.

La cual, tranquilamente, sacó del pequeño armario del camarote un maletín rojo con florecillas azules estampadas, y de éste un rollo de esparadrapo color carne, con varias tiras del cual procedió a atar fuerte e incluso cruelmente las manos de Moy a la espalda. Las aseguró con otra tira, hizo lo mismo con los pies, y acto seguido procedió a vestirse…

Cuando Moy recuperó el conocimiento, la mujer le contemplaba con inescrutable expresión. Moy seguía tendido en el suelo, y ella se había sentado en el borde del lecho y fumaba un cigarrillo. Moy se

dio cuenta de que continuaba con los genitales al aire, y cuando volvió a mirar a la mujer captó la irónica sonrisilla de ésta.

—Como has podido comprobar —dijo amablemente— tu gran cosa no me ha impresionado demasiado. ¿Cómo te llamas?

Moy frunció el ceño, y apretó los labios. Ella rió.

—Vamos, no seas estúpido —recomendó—. Admite que una mujer puede vencerte, sé comunicativo conmigo, y las cosas no te irán del todo mal. ¿Cómo te llamas?

Moy permaneció impávido en su papel de macho sólido y estoico. Ella fumó plácidamente durante unos segundos. Luego se puso en pie, se acercó a él y sin más consideraciones aplicó un tremendo pisotón a los genitales del negro, que emitió un bramido tremolante…, que se cortó cuando el pie femenino, ahora calzado con sólido zapato deportivo, le golpeó en la boca, partiéndole los labios y un diente y reventándole la nariz, de la que brotó una explosión de sangre. Como si estuviese simplemente disponiendo la mesa para el desayuno, la mujer se inclinó junto al negro, y con la pistola de éste, que sostenía en la mano derecha, le golpeó en una rodilla y acto seguido en la otra, arrancando un doble alarido dé dolor, espanto y angustia de la ensangrentada boca de Moy.

Sin más demoras, la mujer se volvió hacia la puerta, la cual se abrió apenas dos segundos más tarde, dejando paso a los apresurados y atolondrados negros amigos de Moy, que entraron con los ojos muy abiertos, expectantes, y, por supuesto, pistola en mano.

¡Pack, pack!, disparó dos veces en velocísima sucesión la mujer de los ojos azules.

Cada negro recibió una bala en pleno corazón. El primero giró velozmente, se dio de cara contra la pared, y cayó de espaldas. El segundo salió del camarote como disparado por una catapulta, y se deslizó por el pasillo hasta chocar con la pared de enfrente. La mujer agarró a Moy por la ropa del cuello, pero lo pensó mejor y lo soltó. Se acercó a la cama, sobre la cual estaba ahora el maletín, y, junto a éste, un extraño tubo acoplado a lo que parecía un simple secador de cabello.

Sujetando este artefacto con la mano izquierda, la mujer agarró de nuevo a Moy por la ropa del cuello con la derecha, y tiró de él, arrastrándolo fuera del camarote, mientras el negro contemplaba

con expresión desorbitada los cadáveres de sus dos compañeros.

La mujer lo sacó a cubierta, a pleno sol, lo puso en pie con un fuerte tirón que dejó pasmado al negro, y señaló la lancha de éste, que navegaba detrás del yate y algo a estribor, para evitar la onda espumosa que dejaba el White Bird.

—¿Ves a tus amigos? —preguntó la mujer.

Moy la miró, y no dijo nada. Parecía que los ojos le fuesen a saltar de las órbitas.

Ella se llevó a la cara el artefacto, apuntó hacia la lancha, y apretó el resorte del secador de cabello.

A unos cincuenta metros, de pronto, la lancha quedó envuelta por una intensa llamarada que resplandeció muy pálidamente a la luz del radiante sol. Acto seguido, el depósito de combustible de la lancha explotó, apareció una densa humareda negra, la lancha reventó, e inmediatamente sus restos comenzaron a hundirse.

La mujer colocó bajo la barbilla de Moy la boca de fuego del terrible artefacto, clavándolo con fuerza en su garganta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Moy —jadeó éste—… ¡Moy, Moy, Moy…! ¡Moy Ebeken!

—Muy bien, Moy, ahora empezamos a entendernos.

Lo derribó de un rodillazo en los testículos, y se alejó con total indiferencia de él, acercándose a la cabina de mandos, desde la cual, el negro la contemplaba con los ojos agrandados por el espanto.

—Cambie el rumbo de modo que si alguien nos ve crea que no hemos podido estar por aquí cuando ha explotado esa lancha —ordenó la mujer—. Luego y cuando se haya asegurado totalmente que no hay riesgo, siga nuestro rumbo hacia la isla Silhouette. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señorita… Seguro que sí.

—Bien.

Ella regresó junto a Moy, que se encogió en el suelo y se colocó de modo que protegía del mejor modo posible sus testículos. La mujer sonrió secamente, dirigió una mirada hacia donde se hundían los últimos restos de la lancha con dos cadáveres y una ametralladora a bordo, y desapareció de la vista de Moy.

Reapareció enseguida, arrastrando el cadáver de uno de sus compañeros, que arrojó por la borda. Un minuto después, arrojaba

el otro. Finalmente, se acercó a Moy, lo agarró por la ropa del cuello, y lo arrastró hasta el saloncito del yate.

Ella se sentó en un sillón, y preguntó:

—¿Quién os ha enviado?

—No lo sé. Nunca lo habíamos visto antes. Él nos dijo…

—Moy —le interrumpió fríamente la mujer—, me estás aburriendo, y todavía peor, estás acabando con mi paciencia. He abandonado una villa confortable y la compañía del hombre que amo para venir a África a resolver un problema, y quiero hacerlo cuanto antes y regresar junto a mi hombre. Con tu actitud estás demorando mi regreso, y eso me disgusta mucho. ¿Quién os envió?

Moy Ebeken, que miraba fijamente los azules ojos femeninos, tuvo una súbita sensación de frío que pareció impregnar todo su cuerpo como en un impacto horroroso.

—Carrasco —jadeó—… Emilio Carrasco.

—¿Es un cubano?

—Sí… Sí, es cubano.

—¿Y dónde está?

Moy se pasó la lengua por los sangrantes labios.

—En el continente. Nosotros lo vimos la última vez en Dar Es Salaam.

—¿Fue él quien os facilitó la información para que vinierais aquí en busca del yate White Bird?

—Sí, fue él.

—¿En qué lugar de Dar Es Salaam puedo encontrar a Carrasco?

—Eso no lo sé. Él sabe dónde encontrarnos a nosotros, pero nosotros nunca sabemos dónde está él.

—Eso lo creo —admitió la mujer—. ¿Quién le dijo a él lo que él os dijo a vosotros?

—No lo sé —Moy tenía los ojos muy abiertos—… ¡Yo no sé esas cosas!

—Ya. Tú, realmente, eres sólo un asesino que no sabe nada de nada, salvo asesinar a quien te ordenan tus jefes, ¿no es eso? Y puestas así las cosas, dime: ¿tal vez tú y tus ya fenecidos amigos tuvisteis algo que ver con el asesinato de un norteamericano llamado Dick Merrill, en Mombasa?

Las facciones de Moy se alteraron visiblemente, como en una sacudida, una crispación breve y veloz…, pero que fue suficiente

para la mujer de los ojos azules.

—No —dijo Moy, reaccionando—… No, no.

Ella sonrió. Pero tan gélidamente que Moy Ebeken sintió de nuevo el tremendo escalofrío. Ella alzó la mano que sostenía la pistola, y le apuntó al corazón.

—No —sollozó Moy—… ¡No, no, no, por favor, no…!

¡Pack!, disparó la señorita Brigitte Montfort, alias «Baby», sin piedad alguna, reventando de un balazo el corazón del negro.

Capítulo II

—De modo —musitó Spencer Holcombe— que nada más llegar y ya se ha cargado usted a cinco negros.

—Nunca he tenido nada contra los negros —replicó secamente Brigitte Montfort—. Si me apura, al contrario, en general más bien me caen simpáticos. Sepa que no los he matado porque eran negros, sino porque ellos eran unos asesinos, agitadores, mercenarios profesionales que, entre otras cosas, habían asesinado a Dick Merrill, es decir, un agente de la CIA. Usted tal vez no sepa eso, señor Holcombe, pero asesinar a un agente de la CIA, a uno de mis Simones, no suele traer precisamente buena suerte.

—Eso tengo entendido. Cielos —Holcombe movió la cabeza como valorando la sorpresa recibida poco antes—… ¡Quién me había de decir que la agente Baby, era la señorita Montfort!

—Sorpresas de la vida —sonrió ella.

Holcombe iba a contestar cuando en la florida terraza apareció un alto y desgarbado criado de raza hindú vestido completamente de blanco, y se lo quedó mirando fijamente. Holcombe preguntó algo que Brigitte no entendió, y el negro contestó en el mismo idioma, con lo que la espía más peligrosa del mundo captó apenas unas palabras de la breve conversación. Por supuesto, sabía que Holcombe y su criado estaban conversando en créole, la lengua más corriente en las islas Seychelles, y que es una mezcla de inglés, francés arcaico, hindi y bantú.

—¿Puede perdonarme unos segundos? —pidió Holcombe—. Tengo una llamada importante al teléfono.

—Por supuesto —asintió la divina espía.

Spencer Holcombe abandonó la terraza, dejando sola en ella a Brigitte, que encendió un cigarrillo y se quedó mirando el mar. La hermosura incomparable del mar lleno de sol.

Brigitte recordó el momento de aquella misma madrugada en el

que ella se había arrojado en paracaídas desde el avión que la había transportado allí desde Nairobi.

Para una persona corriente, tan sólo el viaje que había efectuado la señorita Montfort ya era alucinante: desde Villa Tartaruga, donde tan sólo dos días antes se hallaba viviendo en paz y amor con Número Uno, la CIA la había trasladado a El Cairo, y desde El Cairo a Nairobi, donde otro avión la había llevado a las proximidades de las Seychelles para que se arrojase en paracaídas en aquella fría madrugada sobre un mar que parecía un arrugado e impresionante cristal negro, y en el que, si nada fallaba, un yate con el nombre de White Bird estaría esperando para recogerla y llevarla a la isla Silhouette, donde debía entrevistarse con Spencer Holcombe, el técnico de la operación con el que debía entrevistarse en secreto.

Tan en secreto, que incluso se había recurrido a lo del salto en paracaídas en lugar de una llegada normal y formal de la señorita Montfort al aeropuerto de Mahé. Pero, como suele suceder en espionaje, los secretos resultan no ser tan secretos, y los riesgos, inicialmente insignificantes, crecen de pronto en proporciones aterradoras.

Por ejemplo, para lanzarse en paracaídas la habían provisto de un equipo de supervivencia en el mar y, ciertamente, de un traje especial para su caída al agua. Todo había funcionado: el traje la había protegido del frío, el paracaídas se había hundido cuando le sujetó el peso suplementario que retiró del equipo, y éste, apenas tocar el agua se había convertido en un bote hinchable provisto de un diminuto motor con el que, como mínimo, ciertamente, se podía viajar cómodamente hasta Mahé. Pero esto no había sido necesario, ya que el yate White Bird había aparecido en el lugar convenido a la hora convenida, la señorita Montfort había enviado todo el equipo al fondo del mar, y había pasado al yate, en uno de cuyos camarotes se había instalado dispuesta a dormir a pierna suelta hasta la hora de la cita con el norteamericano Spencer Holcombe, residente en las Seychelles hacía mucho tiempo…

La hora de la cita con el norteamericano Holcombe era las once de la mañana. A las once menos cuarto, el White Bird se hallaba frente a la costa de la isla Silhouette, quince millas al noroeste de Mahé, la cual ni siquiera habían alcanzado a divisar en la brumosa distancia. A las once menos diez minutos el yate amarraba en el

embarcadero de Silhouette, donde esperaba el señor Holcombe al volante de un pequeño automóvil de motor eléctrico. Como fondo, las verdes, increíbles, fascinantes colinas verdes de la isla ecuatorial, ofreciendo el insólito espectáculo de recoletos chalés parecidos a los de la más delicada y moderna urbanización suiza.

El mundo es una continua sorpresa: un lugar parecido a Suiza rodeado de un hermosísimo mar resplandeciente de sol, de luz cegadora…

—Perdone —apareció Holcombe, sentándose de nuevo ante ella —. ¿Le apetece otro refresco?

Brigitte asintió, mirando al norteamericano con leve sonrisa. Allí tenía otra sorpresa: Spencer Holcombe.

Dada la urgencia con que se había realizado todo, ni siquiera le habían dicho cómo era Holcombe, de modo que ella, cuando le habían hablado del «experto técnico en comunicaciones radiales» había fabricado en su mente la imagen de un hombre de casi sesenta años, con lentes, aspecto cansado y mirada introvertida. Nada más lejos de la realidad: Spencer Holcombe debía de tener menos de cuarenta años, era alto, atlético, rubio de cabellos y con ojos azules, bronceado por el sol del Índico; guapo, sonriente, simpático, era como un estupendo *playboy* con el cual se podía pasar divinamente cuando menos una parte de esta perra vida.

—¿Algo va mal? —se interesó Holcombe, tras dar la orden a su criado y mirar de nuevo a la absorta visitante.

—No, en absoluto —reaccionó ella—. Es decir, no va más mal que antes.

¿Ha resuelto su problema?

—¿Qué problema? —se sorprendió Holcombe.

—El de la llamada telefónica.

—¡Ah! Bueno, no era propiamente un problema… Era Amandia.

—Amandia. ¿Quién es Amandia?

—Mi amante nativa. ¿Le gusta mi casa?

Brigitte frunció el ceño, pero sin dejar de sonreír.

Miró a su alrededor. La terraza era sencillamente encantadora, con muebles blancos escamoteados a la luz directa del sol por medio de plantas, arbustos de flores y esbeltas palmeras. Flores de todos los colores. Al fondo, el mar, siempre el mar.

La casa no era muy grande, pero resultaba fresca, relajante,

acogedora. Tenía garaje. Y piscina. No había allí ruidos de ninguna clase, el aire era tibio y olía a flores. Así es la vida: un paraíso para algunos, un pozo de mierda para otros.

—Sí, me gusta mucho —admitió la espía—. De modo que tiene usted una amante.

—Naturalmente. Ella ha llamado para asegurarse de que, tal cono le advertí ayer, hoy no debía acercarse por aquí. Es una muchacha encantadora, guapísima, ardiente y celosa. Tiene diecinueve años.

—Le felicito. Espero que no sea usted de las personas que cuentan sus cosas a su amante, señor Holcombe.

—No, no lo soy. Olvídelo.

—El hecho cierto es que Moy y sus amigos fueron aleccionados por Emilio Carrasco respecto a la existencia de «un técnico» y de mi llegada en paracaídas para ser recogida por un yate cuyo nombre conocían perfectamente. Lo que no sabían bien Moy y sus amigos es quién era la «persona importante» que iba a llegar. Creían que era un hombre. Al parecer, sólo se puede ser importante si se pertenece al sexo masculino.

—Yo diría que han pagado muy caro su error…, y su exceso de confianza. De modo que yo soy «el técnico».

—Sí.

—Dudo mucho que Amandia se refiriese a mí con esa palabra. Para ella, yo sólo soy un comerciante en aparatos electrónicos muy avispado. Ella me podría llamar de muchas maneras, pero nunca «el técnico». Aparte de que si hubiera sido ella quien hubiera delatado algo de todo esto sabe perfectamente dónde encontrarme, y esos negros no lo sabían, lo que indica que ese cubano llamado Carrasco tampoco lo sabía, ni sabe mi nombre.

—Es cierto —asintió Brigitte—… Evidentemente, todo lo que pudo saber Carrasco, y que trasladó a sus habituales ejecutores para que se hicieran cargo de mí y de usted, fue que «alguien importante» iba a llegar y que sería recogido en el yate White Bird. No es saber demasiado…, pero indica bien claramente que Carrasco ha recibido información por parte de alguien relacionado con esta operación.

—Sí —masculló Holcombe—, eso es indudable. Pero olvide a Amandia, por favor.

—De acuerdo. ¿Quién más se le ocurre que pueda estar vendiendo información a los cubanos y yo diría que lógica y consecuentemente a los rusos?

—Francamente, no lo sé. Ni se me ocurre.

—Deberíamos… realizar un esfuerzo para obtener alguna conclusión en ese sentido, señor Holcombe. Fíjese en que todo esto implica que en la operación hay un traidor; este traidor ha pasado información a Carrasco, y como consecuencia de ello, usted y yo hemos estado a punto de ser eliminados. Y con anterioridad ya fue eliminado mi Simón llamado Dick Merrill, el cual, sin duda, descubrió algo… Me permito suponer que Dick Merrill tuvo buen olfato, y rastreó a la persona que pasaba información a Carrasco. Éste debió de darse cuenta, a su vez, de que Dick Merrill había descubierto el asunto, y envió a Moy y sus amigos a asesinar a Merrill antes de que éste tuviera tiempo de actuar contra el traidor, el cual, evidentemente, se libró gracias al asesinato de Merrill. Y mientras Merrill ya está enterrado el traidor sigue introducido en la Escuela, sin duda persistiendo en sus informaciones a Emilio Carrasco. Lo que significa, señor Holcombe, que hagamos lo que hagamos en la Escuela el cubano Carrasco se irá enterando.

—De momento —gruñó Holcombe— ya es seguro que está al corriente de que la CIA pretende instalar en toda África la AAFR.

—Por supuesto —asintió Brigitte—. Pero bueno, eso no es… censurable. También los cubanos y los rusos tienen una magnífica red de emisoras en todo el continente. No deben sorprenderse de que Estados Unidos haya decidido instalar la más amplia, perfecta y poderosa red de emisoras del mundo en este continente. Ni de que haya preparado una Escuela de técnicos y locutores con el fin de prepararlos para su futuro cometido.

—A decir verdad —reflexionó Holcombe— me pregunto qué utilidad tiene para los cubanos ese traidor que les pasa información. ¿Qué puede decirles?

¿Que en Mombasa hay una Escuela donde personal de la CIA está preparando empleados para todas las futuras emisoras de la AAFR? Ésa no es una información demasiado valiosa, puesto que los cubanos, y no digamos los rusos, ya comprenden las cosas por sí mismos.

—Sin embargo, evidentemente para proteger a su informador

dentro de la Escuela de la AAFR, Emilio Carrasco no vaciló en ordenar el asesinato de un agente de la CIA. Y envió cinco asesinos a por nosotros, señor Holcombe. A propósito, espero que el yate no sea de usted, pues en ese caso, en cuanto Carrasco comprenda que sus primeros enviados han sido eliminados enviará más a por usted, y podría localizar fácilmente al «técnico» si éste es el propietario del yate White Bird.

—No, no es mío. No se preocupe, tomé mis precauciones en ese sentido.

—Espléndido. Lo que significa que usted continúa estando a salvo, y yo también. Así pues, sólo nos resta encontrar al traidor.

—Aquí no lo va a encontrar usted. Ese traidor sólo puede estar en la Escuela, en Mombasa.

—Sí, así parece —admitió la divina—… Se diría que la emisora All Africa Friendship Radio no empieza con demasiada fortuna, ¿verdad?

—Es lógico que rusos y cubanos hagan lo posible por dificultar nuestros planes. Dígame una cosa, por favor… ¿Usted interviene en la operación sólo para vengar el asesinato de uno de sus compañeros…, o debemos considerarla integrada de algún modo en los planes generales de la AAFR?

—Yo nunca he sido muy adicta a las subversiones, señor Holcombe. Eso de lanzar insidias por las ondas no es mi fuerte. Prefiero la acción directa y resolutiva, no ir sembrando… cizaña y rencores. Sin embargo, si en determinado momento llego a convencerme de que la emisora Radio Amistad Toda África puede llegar a resultar de algún modo útil para mi patria en defensa de intereses que otros pretenden violar, haré lo que sea necesario.

—Entiendo. Es decir, que por el momento usted tiene… digamos tres objetivos iniciales y básicos: uno, vengar a su compañero; dos, descubrir al traidor que sin duda está ahora en la Escuela de la AAFR en Mombasa; y tres, ayudar en el estudio, instalación y puesta en funcionamiento de la red de emisoras que en toda África funcionará dentro de poco con el nombre de Radio Amistad Toda África.

—Exactamente.

—¿Le gustaría ver una maqueta muy interesante?

—Desde luego.

Spencer Holcombe se puso en pie, y Brigitte le imitó. En aquel momento aparecía el criado con una bandeja portando los refrescos. Brigitte y Holcombe tomaron cada uno un vaso, y ambos entraron en la casa. Afuera lucía un sol deslumbrante, dentro había una atmósfera fresca y quieta. Y silenciosa.

Holcombe condujo a Brigitte a una sala cuya sólida puerta estaba cerrada con llave, la cual guardaba siempre Holcombe en un bolsillo. Cuando entraron en la sala, Holcombe tuvo que encender la luz eléctrica, pues la ventana había sido fuertemente tapiada. El técnico cerró la puerta, y señaló el centro de la sala.

Sobre una gran mesa se veía, en relieve, lo que le pareció a Brigitte una pequeña y simpática obra de arte: el continente africano, con sus detalles orográficos e hidrográficos más importantes bien visibles. El Nilo, el Congo, el Níger, los grandes lagos como el Victoria, el Tanganika y el Malawi, así como las presas del Nilo, se veían perfectamente. Y lo mismo la gran extensión del Sahara, y los macizos montañosos del Norte, del Centro y del Sur.

—No se ría —dijo sonriente Brigitte—, pero… ¿sabe qué me recuerda esta maqueta?

—¿Qué?

—Las películas de dibujos animados de Walt Disney. Quiero decir que me parece… encantadora y muy expresiva. ¿Es obra suya?

—Sí. Y no me molesta que la encuentre simpática, ni que le recuerde películas de Walt Disney. Bueno, señorita Montfort, sea como sea, en esta maqueta debo montar el emplazamiento de todas las emisoras que compondrán la gran red que recibe el nombre general de Radio Amistad Toda África. Y no crea que es una labor fácil instalar una serie de emisoras que puedan comunicarse fácilmente entre sí y al mismo tiempo cubrir toda la enorme extensión del continente africano.

—Pero usted puede conseguirlo, ¿no es cierto?

—Desde luego, si dispongo de tiempo y dinero. Los rusos y los cubanos lo han hecho ya. Yo puedo superar sus instalaciones.

—Y mientras usted estudia esa parte, la CIA está preparando, en la Escuela que ha instalado en Mombasa, a los técnicos y empleados de toda clase que a su debido tiempo se encargarán de hacer funcionar todas las emisoras.

—Sí… En la Escuela hay gente de toda clase, desde administrativos a locutores, desde guionistas de programas culturales a comentaristas políticos… Estoy seguro de que usted se da perfecta cuenta de la grandiosidad de este proyecto. Francamente, a mí no me sorprende en absoluto que los rusos hagan lo posible por impedirlo…, o cuando menos por retrasarlo: en cuanto la AAFR empiece a funcionar ellos van a perder mucha ascendencia en África, pues lógicamente la AAFR irá consiguiendo simpatizantes. Es una guerra… taimada: conseguir apoderarse de la mente de unos cientos de millones de personas mediante la… propaganda adecuada.

—Ya participé una vez en una guerra de esas —murmuró Brigitte.

—¿De veras? ¿Cuál guerra? ¿Dónde?

—Prefiero no hablar de ello[1]. Hablemos de lo actual. Supongo, señor Holcombe, que hace tiempo que está usted trabajando en este proyecto.

—Desde luego —el norteamericano frunció el ceño—… Y no me gustaría que alguien destruyera mi trabajo.

—Lo comprendo. Destruir esta maqueta sería algo así como destruir el cuadro de un pintor, ¿no es eso?

—Sí. Pero además de la destrucción física de la maqueta sería un atentado contra mi trabajo, en el cual llevo invertidos mucho tiempo y mucho esfuerzo.

—Veamos: ¿acaso la red de emisoras AAFR no podría funcionar sin usted?

—Desde luego que sí. Pero escuche, esto es obra mía, he sido yo quien resultó elegido por la CIA para preparar el proyecto, he sido yo quien lo ha concretado, quien le ha dado forma y vida… ¡Maldita sea, quiero ser yo quien lo ponga en marcha, quien lo inaugure en toda África, quien se lleve los méritos del trabajo que yo he realizado! ¿Le parece que eso es presunción o egoísmo por mi parte?

—No. El artista tiene derecho a firmar su propia obra. La verdad es que a mí también me gusta que se reconozcan mis méritos.

—Eso nos gusta a todos. ¿Quiere que le explique cómo funcionará todo esto?

Brigitte estuvo casi medio minuto examinando la artística

maqueta del continente africano, señalada en puntos clave con torretas. Todo el continente estaba señalado con aquellas torretas metálicas pintadas de gris que indicaban los emplazamientos de las diferentes instalaciones.

—No —murmuró por fin la espía—… ¿Para qué? Entiendo perfectamente todo el asunto y todo el tinglado, señor Holcombe. Se trata de cubrir todo el continente con la red de emisoras de la AAFR, de modo que la palabra de Estados Unidos se extienda por toda África. Ni siquiera hace falta que las emisoras tengan excesiva potencia, como requerirían las de alcance mundial… Son suficientes instalaciones de alcance medio, que incluso puedan conectar entre sí. Lo importante es que la red de la propaganda norteamericana abarque todo el continente africano, y eso no es problema, ¿verdad?

—En absoluto —se jactó Spencer Holcombe.

—En ese caso, será mejor que cada cual se ocupe de su parte. Usted ocúpese de esta parte técnica, y déjeme a mí que atienda la parte… digamos logística. No me ha gustado que asesinaran a un Simón por una cosa así, y nunca me gustaron los traidores, de modo que… tengo intención de ir cuanto antes a Mombasa en busca del nuestro, el que está informando al cubano Emilio Carrasco. ¿Tiene usted alguna idea, por remota o insignificante que le parezca, respecto a quién puede ser el traidor?

Para sorpresa de Brigitte, esta vez Spencer Holcombe desvió la mirada, y se dedicó, por fin, a beber su delicioso refresco de jugos de frutas. La divina espía se quedó mirando atónita al técnico, que finalmente la miró, como de mala gana.

—Maldita sea —masculló.

—¿Quién? ¿Yo?

—No. ¡Maldita sea su estampa!

—¿La mía?

—¡Que no, me cago en toda la mierda del mundo…! Mire, solamente una persona en el continente sabía que yo había conseguido muy discretamente un yate llamado White Bird para enviar a recogerla a usted. Tal vez varias personas sabían varias cosas, pero solamente una persona sabía que a última hora yo había conseguido ese yate.

—¿Y quién es esa persona? —murmuró Brigitte.

—Charlton Bannister, mi amigo de toda la vida, mi colaborador,

casi mi hermano, el hombre que me ha estado ayudando en todo esto…, y que está en Mombasa como director de la Escuela de la AAFR, recomendado a la CIA por mí mismo.

—Sorpresas de la vida —murmuró Brigitte.

—Esto no es una sorpresa —barbotó Holcombe—: es una maldita puñalada en plena espalda. ¡Maldita sea, nada más hemos hecho que comenzar el gran proyecto y aparecen las mierdosas traiciones!

—Tranquilícese. Estas cosas pasan, señor Holcombe.

—¡Me gustaría cortarle el cuello yo mismo a ese traidor…!

—Las cosas no son tan simples. Mejor dicho, no debemos convertirlas en tan simples, dejándonos llevar por los impulsos. Tal vez su amigo tenga algo que decir que a nosotros pueda interesarnos oír.

—¿Qué demonios ha de decir?

—Todo el mundo tiene cosas que decir —murmuró la espía—. ¿Podría usted comunicarse con Bannister rápidamente?

—Desde luego.

—Hágalo. Dígale que aquí han ocurrido contratiempos de gran importancia y que lo necesita para cambiar impresiones con él. Pero no le diga qué ha ocurrido aquí. Y adviértale que no debe dar explicaciones a nadie respecto a su viaje a Seychelles.

Spencer Holcombe estaba lívido.

—¿Qué hará usted con él? —susurró—. He oído las suficientes cosas de la agente Baby para saber que a Charlton no le espera precisamente una fiesta de bienvenida.

—Hágale venir —insistió Brigitte—. A ser posible que esté aquí esta misma tarde. Mientras tanto, usted y yo tendremos tiempo de prepararle el recibimiento… adecuado.

Capítulo III

Charlton Bannister llegó aquella misma tarde al aeropuerto de Mahé, en vuelo directo desde Mombasa. Spencer Holcombe lo estaba esperando, y, desde el aeropuerto, en un taxi, lo llevó al embarcadero de yates, donde había dejado su lancha con la que había llegado a la isla Victoria desde la isla Silhouette.

Desde el primer momento, Bannister mostró gran interés e inquietud por lo ocurrido, pero Holcombe le dijo que hablarían en casa, y su amigo ya no insistió.

Llegaron al embarcadero, abordaron la lancha, y Holcombe la puso en marcha, sacándola a mar abierto. La tarde era absolutamente espléndida, luminosa, y las aguas parecían más que nunca de cristal. Navegar en aquellas condiciones era un placer inexpresable.

—Bueno…, ¿qué pasó? —insistió por fin Bannister—. ¿Puedes explicármelo ahora?

—Ve adentro un momento —movió la cabeza Holcombe en dirección a la entrada al habitáculo de la lancha—. Hay mucho que hablar.

Bannister movió la cabeza, como fastidiado ya por tanto misterio, y entró en el habitáculo. Sus pies parecieron quedar clavados al suelo. Allá, sentada en una de las literas, sosteniendo un cigarrillo en la mano, había la mujer más hermosa que había visto en su vida, fijos en él sus grandiosos ojos azules.

—¿Cómo está, señor Bannister? —saludó la divina.

Él se pasó la lengua por los labios. Miró hacia el exterior, de nuevo a Brigitte…, y de pronto lanzó una exclamación.

—¡Usted es Brigitte Montfort! —aulló.

—En afecto. Soy la persona importante que estaban esperando. Lo malo es que también me estaban esperando otras personas.

—No comprendo… ¿Qué quiere decir?

—Supongo que conoce usted a un cubano llamado Emilio Carrasco.

—No —se desconcertó Bannister—… No conozco a nadie llamado así.

—Vamos, señor Bannister, dejémonos de tonterías, ¿quiere?

—¿De qué está usted hablando? ¿Qué significa todo esto?

La señorita Montfort entornó los párpados, estuvo unos segundos observando muy atentamente a Bannister, y por fin señaló la litera situada frente a la suya.

—Siéntese, señor Bannister. Yo le voy a explicar de qué estoy hablando y qué significa todo esto. Tenemos tiempo, mientras Spencer navega hacia ningún sitio.

—¿Hacia ningún sitio? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que Spencer no pondrá rumbo a Silhouette hasta que usted y yo hayamos aclarados las cosas aquí dentro. Y si las cosas son como parecen me temo que usted jamás volverá a poner los pies en tierra firme. Ya sé que Spencer no le dijo a usted que la persona importante que llegaría era yo, pero sí le dijo que iba a llegar alguien importante, y por dónde, cómo y cuándo iba a llegar, ¿no es cierto?

—Claro que es cierto.

—Bien. ¿A quién se lo dijo usted, señor Bannister?

—¿Yo? ¡A nadie!

El gesto de la señorita Montfort se enfrió visiblemente. Acto seguido, con toda tranquilidad, sin alterarse en absoluto, explicó a Bannister lo ocurrido. Una explicación breve, escueta y perfecta. Cuando terminó, Bannister estaba lívido. La señorita Montfort lo miraba fijamente, esperando. Se oía el rugir de los motores de la lancha, el crujido del mar en el casco.

—Señor Bannister —dijo de pronto la espía—, espero que no sea usted de esas personas que creen que las cosas pueden explicarse con magias y brujerías. Si usted no le dijo a nadie que iba a llegar «alguien importante» no tendríamos más remedio que creer en las brujas. Y francamente, yo nunca he creído en las brujas ni en las brujerías inexplicables.

—Bueno, yo… quizá lo comenté con una persona —jadeó Bannister.

—¿Qué persona?

—Olia Kunta —Bannister estaba pálido como un muerto—… ¡Maldita sea!

—Usted y su amigo Spencer son muy dados a maldecir. Y a hablar. Si hablasen menos no tendrían que maldecir. ¿Quién es esa Olia Kunta?

—Es una de las alumnas de la Escuela de Mombasa. Una africana que ha estudiado en Estados Unidos, y que forma parte del grupo inicial que la propia CIA seleccionó. Hace un par de años, Olia terminó sus estudios universitarios en Estados Unidos, regresó a África, y aquí estaba trabajando cuando la CIA la seleccionó. Ella aceptó encantada. Es una anticomunista furibunda, y tiene el suficiente nivel cultural y mental para darse cuenta de cómo están las cosas en África en ese sentido. La sola idea de que África quedase bajo el control comunista la pone enferma. Hay muchos de nuestros seleccionados que piensan así.

—Ya. Pero usted sólo se lo dijo a Olia Kunta, ¿verdad?

—Sí… Sólo a ella.

—¿Por qué?

—Bueno —jadeó Bannister—…, en la cama… se dicen muchas cosas, señorita Montfort.

—Santo cielo —se pasmó la espía—… ¿Se ha dejado usted sonsacar en la cama, señor Bannister?

—Eso parece. —El aspecto de Bannister era de enfermo total.

—Le voy a decir algo importante —deslizó Brigitte—: si usted hubiera cometido traición yo lo mataría ahora mismo; como lo que ha hecho no se puede catalogar propiamente de traición, no lo voy a matar. Pero, señor Bannister, espero que entienda usted que una persona de sus… características no interesa de ninguna manera para una operación de la envergadura de la que nos ocupa. Su indiscreción pudo costarme la vida a mí y a Spencer Holcombe, y ocasionar una serie de trastornos que, como mínimo, retrasaría considerablemente la puesta en funcionamiento de la All Africa Friendship Radio. Espero que entienda usted todo esto.

—Desde luego que lo entiendo.

Brigitte contemplaba sin demasiada hostilidad a Charlton Bannister, que era un atleta tan apuesto y guapo como su gran amigo Spencer Holcombe, de edad parecida a la de éste. Cabellos castaños, ojos oscuros, boca grande y viril, Charlton Bannister era

más que suficientemente guapo como para estar convencido de que cualquier mujer que se le acercara lo hacía por él mismo, no por cálculos y conveniencias.

—¿Se despidió usted de Olia? ¿Le dijo que venía aquí?

—Escuche, no crea que se lo digo todo —gruñó Charlton—… Fue un mal momento que tuve, lo admito, pero eso no significa que le esté contando a esa chica más cosas de las necesarias. Mire, estibamos en la cama, habíamos hecho el amor, ella es muy hermosa, cariñosa y simpática… Me hizo algunas preguntas, y fui tan tonto de contestarlas, pero eso no significa que se lo cuente todo, ¿de acuerdo?

—Contó usted lo suficiente.

—¡Está bien, metí la pata, y lo siento! ¡Pero esta vez no le he dicho nada!

¡Y desde luego, cuando regrese allí le voy a…!

—Nada de eso —interrumpió Brigitte—. A partir de este momento su amiguita es cosa mía.

—Pero vamos a ver: ¿qué papel juega usted en todo esto? Es una periodista, ¿no? Espere… Espere un momento… ¡No me diga que viene a formar parte del personal de la AAFR!

—La idea no es mala —sonrió Baby—. Veamos: ¿ha comprendido usted que Olia Kunta es una agente pro-cubana? Fíjese bien: estas cosas no suceden así como así, de repente. Seguramente, esa chica ya prestó servicios al servido secreto cubano mientras estuvo estudiando en Estados Unidos, y ha continuado haciendo lo mismo al regresar a África… Lo que trato de decirle es que esa jovencita a la que tan placenteramente se ha llevado usted a la cama es toda una profesional del espionaje, posiblemente desde hace ocho o diez años, es decir, desde que tenía quince o dieciséis. ¿Lo ha comprendido usted, señor Bannister?

—Desde luego. ¡Me gustaría partirle las piernas!

—Pero hombre, no sea salvaje —rió la espía americana—… Todo lo contrario, lo que va a hacer usted cuando regrese a Mombasa es seguir acostándose con ella, y pasarlo lo mejor posible. No dirá que no soy amable con usted, después de lo que ha estado a punto de ocasionar.

—Todavía no me ha dicho qué papel juega usted en esto.

—El mismo papel de siempre, señor Bannister: cuando yo llego a

cualquier lugar del mundo donde las cosas no funcionan bien para Estados Unidos, la CIA me otorga automáticamente el mando de todo, a fin de que nadie me fastidie en mis maquinaciones para resolver el problema. Eso significa que a partir de este momento solamente hay un jefe para todo el asunto de la AAFR: yo.

—¿Y cuál va a ser mi papel a partir de ahora?

—Lo discutiremos esta noche, mientras Spencer nos obsequia con una pequeña fiesta. ¿Usted sabe qué es el moutia?

—Claro —gruñó Bannister—: es una danza que ejecutan expertas bailarinas referidas a la época de la esclavitud. Todavía quedan algunas de esas bailarinas, no precisamente encantadoras ni jóvenes, que aparecen de cuando en cuando en algún camtolé.

—¿Qué es un camtolé?

—Un cafetucho. ¡No me diga que Spencer pretende llevarnos a uno de esos cafetuchos esta noche!

—No, no. Dijo que me ofrecería un espectáculo en el jardín de su villa, y me hablé del moutia.

—¡Pues sí que ha escogido buen momento para dar fiestas!

—El mejor de todos —murmuró la señorita Montfort—, porque si alguien en las Seychelles estaba esperando que Moy y sus amigos consiguieran algo, y tenían que enviarle algún mensaje, debe de estar en estos momentos muy inquieto y preocupado…, y sin duda buscando a Moy y a personas que puedan estar relacionadas con todo este asunto. Si en la casa del señor Holcombe están de fiesta es muy poco probable que sospechen de él como «el técnico», es decir, el hombre más importante de la operación AAFR.

¿No está de acuerdo, señor Bannister?

—Es usted muy lista, ¿verdad?

—Desde luego más de lo que usted piensa —sonrió Brigitte Montfort—. Salgamos: es una estupidez permanecer aquí dentro pudiendo estar en cubierta presenciando una hermosa puesta de sol.

* * *

Aquella noche, en el jardín de la villa de Spencer Holcombe, la señorita Montfort lo pasó muy agradablemente. No sólo presenció una excitante representación del moutia a cargo de una maciza negra de mirada profunda, sino que probó dos de las especialidades

de la isla: el calou, bebida de savia de cocotero fermentada, y tortas de jaque, que es el fruto de una de las variedades del mítico árbol del pan. Todo esto, además de una cena a base de pescados, crustáceos y mariscos exquisitos acompañados de champán brut adecuadamente frío.

Si alguien hubiera estado espiando las actividades del señor Holcombe y sus invitados sólo se le habría ocurrido sospechar una cosa: que sabían pasarlo muy bien y que, desde luego, bien pocas preocupaciones debían de tener en la vida. Pero si hubiera podido escuchar la conversación, y en especial las instrucciones que impartió la bella dama de los ojos azules, sin duda se le habrían puesto los pelos de punta.

A la mañana siguiente, en el primer avión que despegó hacia el continente, partió la señorita Montfort, concretamente hacia Nairobi.

El señor Charlton Bannister regresó a Mombasa, también en avión, hacia el mediodía. Y desde el aeropuerto se hizo llevar, en taxi, a la Escuela de la AAFR.

* * *

El viejo Ford con matrícula de Nairobi se detuvo ante las verjas de entrada de la villa cuyo amplio edificio de color tierra se divisaba por entre altos y densos árboles y arbustos. Desde las verjas, ahora cerradas, un camino de tierra conducía hasta delante mismo de la casa.

No parecía haber mucha animación en ésta. Los jardines, algo descuidados todavía, ofrecían un cierto tono selvático al atardecer. En las frondas de oscuro verdor se escuchaba de cuando en cuando el canto de un pájaro. Sentada ante el volante del viejo Ford la hermosa negra de juvenil y vital aspecto miraba hacia la casa, a la espera de que alguien llegara procedente de ella para abrir las verjas. Como esto no sucedía, optó por tocar el claxon repetidamente, y acto seguido encendió un cigarrillo.

Una Escuela.

Diferente a «aquella», pero una Escuela más de la CIA.

Al pensar en aquella Escuela de años atrás, la hermosa negra se estremeció fuerte y visiblemente[2]. Había sido una experiencia

terrible la que había vivido en «aquella» otra Escuela, la Escuela de la Muerte; una de las Escuelas de la Muerte que la CIA tenía distribuidas en todo el mundo, muchas de las cuales, con medios más sofisticados que entonces, continuaban en pleno funcionamiento, ya fuese en el mismo emplazamiento o prudentemente trasladadas a otro lugar inicialmente secreto. ¿Se convertiría la Escuela de Mombasa en otra Escuela de la Muerte?

Pero no, no podía ser, porque los alumnos que acudían a la Escuela de la AAFR lo hacían para aprender técnicas muy diferentes a las que ella había aprendido… y enseñado en «aquella» otra Escuela tantos años atrás… En la Escuela de la AAFR se impartían enseñanzas referidas a la radio, a la propaganda política y social, a las buenas relaciones públicas, a la cultura del llamado mundo occidental, a las ventajas de vivir en determinado tipo de sociedad o de credo político…

Ni siquiera importaba que lo que fuese a difundir la AAFR por medio de las ondas fuese verdad o mentira, porque fuese lo que fuese sería un lavado de cerebro para millones y millones de africanos. Ah, los rusos y los cubanos ya lo estaban haciendo desde mucho tiempo atrás…, y los norteamericanos también, claro está, pero no al grandioso nivel que pretendían conseguir con la puesta en marcha de la Radio Amistad Toda África.

¿Cuánto sabían los rusos y los cubanos exactamente de este proyecto, cuánto sabían de la Escuela, de sus mandos, de sus planes, de sus intenciones, de sus recursos, de sus planificaciones de asentamiento…?

De la casa había salido un hombre negro, muy alto y delgado, que caminaba despaciosamente hacia las verjas. La hermosa negra apagó el cigarrillo en el cenicero del coche. ¡Zambomba, qué negro tan alto, parecía un watusi!

«—Me pregunto qué clase de gente voy a encontrar ahí dentro…, además de la bella Olia Kunta. Bueno, evidentemente todos deben de ser personas de buen nivel cultural y mental, pues de otro modo la CIA no los habría seleccionado…».

De repente, le vinieron a la memoria imágenes de Villa Tartaruga, la piscina, la casa, el palomar donde Número Uno criaba palomas mensajeras, la rosaleda, la recoleta zona de césped del jardín… Era un mundo diferente. De Malta a África, de Villa

Tartaruga a la Escuela de la AAFR, de la placidez y dulzura de una vida de amor a enfrentamientos con traidores y asesinos. Mombasa. ¿Quién le había de decir a ella sólo tres días antes que hoy había de hallarse en Mombasa, ante una vieja villa de Tudor Road, frente a Port Tudor…?

El altísimo negro llegó, abrió las verjas, y la negra adelantó el coche hasta ponerse a su nivel.

—Soy Marie Lafrance —se presentó—. El señor Bannister me está esperando.

El gigante negro asintió, y señaló hacia la casa. Marie Lafrance condujo el coche hacia allí. Vio a Charlton Bannister aparecer en la puerta y colocarse en el borde del porche para recibirla, y sonrió tan divertida que casi soltó la carcajada. El señor Bannister estaba, ciertamente, esperando a Marie Lafrance, pero se iba a llevar una buena sorpresa.

Y se la llevó. Cuando el Ford se detuvo ante la casa, Bannister se acercó, abrió la portezuela, y dijo:

—Sea bienvenida a la Esc…

Primero vio las espléndidas piernas que parecían de terciopelo, o mejor aún, de seda negra. Luego, el busto, generosamente mostrado gracias al simpático escote. Luego, el rostro de la bella muchacha negra, y los rientes ojos que le contemplaban burlones.

—Buenas tardes, señor Bannister.

—Pe-pero… ¡Santo Dios! Pe-pero… pero usted… usted es… es una negra…

—¿Le sorprende encontrar una mujer negra en África?

—Pero su cara, sus…

—Está bien, vamos a dejarlo. Espero que no se lo diga usted a Olia Kunta, pero lo cierto es que si mi piel se ha vuelto negra es debido a que me he inyectado por vía intracutánea un líquido invención del jefe de armamentos especiales de la CIA. El líquido se llama Blackcolor, como ve pigmenta de negro la piel, y su duración por dosis puede llegar desde sólo una hora a todo un día. ¿Satisfecho?

—Usted… me está tomando el pelo.

La espía más peligrosa del mundo suspiró con resignación.

—Gracias por tener la amabilidad de salir a recibirme, señor Bannister. Y ahora, si no le molesta, quisiera saber dónde puedo

alojarme, a fin de retirarme a descansar. Diez horas de sueño me dejarán como nueva para afrontar mañana las tristes realidades de la vida de espía. ¿Se ha encargado de que yo disponga de una habitación para mí sola?

—Desde luego.

—Estupendo. Vamos allá. Y hasta mañana.

—Pero… la cena es a las ocho…

—Ya he cenado antes de venir. —La hermosísima negra lo miró con maliciosa sonrisa—. La verdad, no me gustaría que alguien sospechara de mí y me envenenara la cena en este lugar.

—¡Pero qué dice usted…! ¡Claro que no!

Brigitte Baby Montfort movió la cabeza, sacó del coche su maleta y su maletín, y tras poner la primera en manos de Bannister caminó en pos de él hacia el interior de la casa.

Una casa amplia, que evidenciaba haber sido acondicionada hacía poco, convirtiéndola en mucho más confortable de lo que parecía vista desde el exterior. El vestíbulo era muy amplio, y al fondo a la derecha había una escalera de atractivos ladrillos rojos que conducía al piso superior, donde sin duda estaban instalados los dormitorios. A la izquierda había una doble puerta, abierta en aquel momento, permitiendo ver el interior de una gran sala en la que Brigitte divisó muchas personas, la mayoría de raza negra, y todas no mayores de treinta o treinta y cinco años como máximo. Casi todos estaban de pie, con un vaso de aperitivo o refresco en la mano, y conversando animadamente. Algunas miraron a la negra recién llegada, con leve curiosidad. A fin de cuentas, sólo se trataba de otra alumna de la Escuela de la AAFR.

Pero no debía de ser una más, evidentemente, ya que el señor Bannister no la acompañó al piso superior, sino que, pasando frente al salón, continuó hacia el fondo de la casa, por debajo de la curva de la escalera, donde había tres dormitorios especiales, uno de los cuales lo ocupaba él, otro era el cuarto donde se guardaba material electrónico de toda clase, y el tercero estaba destinado a alojar a posibles visitas importantes dentro del esquema de la proyectada Radio Amistad Toda África.

Bannister abrió la puerta de esta última habitación, y la recién llegada entró, echando un veloz vistazo escrutador. La habitación era amplia, disponía de baño privado, un hermoso ventanal al

jardín frondoso y ahora rojo de sol poniente, y estaba amueblada somera y confortablemente.

—Espléndido —suspiró Brigitte—. Gracias y buenas noches, señor Bannister.

—¿No necesita nada? ¿Seguro?

—Si necesitase algo, lo sabría seguro. Del mismo modo que sé seguro que no necesito nada. Sólo dormir.

Y en efecto, cuando pocos segundos después se encontró sola en la habitación, Marie Lafrance puso sus ropas en el armario, procedió a cumplir las naturales funciones antes de acostarse, se desnudó, se metió en la cama, y quedó dormida en el acto.

Capítulo IV

La primera clase de la mañana fue referente a la perturbación que las condiciones meteorológicas podían ocasionar en las emisiones de radio, y Brigitte pudo comprobar que todos los alumnos prestaban gran atención y parecían dispuestos a aprenderlo todo desde la base. Había unos treinta alumnos, por el momento, aunque ella sabía perfectamente que la AAFR constaría de muchísimo más personal cuando sus programas fuesen a ponerse en antena. De estos treinta jóvenes, veinticuatro eran negros, un hindú, un pelirrojo de lo más insólito y estrafalario que decía ser de Rodesia, una muchacha china que hablaba el inglés como si hubiera pasado toda su vida en Londres, dos norteamericanos, y un alemán enorme y no menos insólito que el pelirrojo rodesiano.

En el primer descanso entre clase y clase una bellísima muchacha negra se acercó a la recién incorporada a las clases de la AAFR. Medía cerca de metro ochenta, su cuerpo era sinuoso y espléndido, y tenía los ojos grandes e inteligentes y la boca roja y fresca. Por supuesto, Brigitte sabía ya, por una simple seña matinal hecha por Bannister, que aquella estilizada, elegante y bellísima muchacha era Olia Kunta.

—Hola —saludó ésta, tendiendo la mano—. Soy Olia Kunta, de Sudán. No he tenido más remedio que fijarme mucho en ti, porque hasta que tú has llegado yo era la belleza del grupo.

Brigitte soltó una carcajada, tendiendo su mano.

—Marie Lafrance, de Argelia —se presentó—, aunque casi se podría decir que soy americana: me he pasado prácticamente toda la vida en Nueva York.

—¿De veras? ¡Yo también he estudiado en los Estados Unidos! Quería conocer bien el país, de modo que me las fui arreglando para asistir a varias universidades sucesivamente. ¿Dónde estuviste tú?

—En la de Columbia, Nueva York.

—Ah, sí. Gran promoción la tuya. ¿A qué te dedicas habitualmente?

—Periodismo. ¿Y tú?

—Sociología. Oye, ¿conocías de antes a Charl… al señor Bannister?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo entendido que salió a recibirte personalmente, y todos sabemos que ocupas un dormitorio junto al suyo. Se me ha ocurrido que quizá… seas algo especial para él.

—Especial… ¿en qué sentido? —sonrió maliciosamente Marie Lafrance.

—Pues no sé…

—¿Estás interesada personalmente por Charlton?

—La verdad es que sí —murmuró Olia Kunta.

—En ese caso, no te preocupes: la relación que hay entre él y yo no tiene nada que ver con el amor, te lo aseguro.

—Me tranquilizas mucho —suspiró Olia Kunta—. Competir contigo no sería nada fácil… Pero entonces ¿qué relación especial hay entre tú y él?

—Digamos que formo parte de un… equipo asesor volante, dependiente directamente de… ¿Por qué te interesan estas cosas?

—Bueno —rió Olia Kunta—, me gusta siempre saber lo máximo de todo lo relacionado con mi trabajo. Pero ya veo que no te apetece hablar de ti, de modo que vamos a dejarlo.

—Sí, será mejor —aceptó seriamente Marie Lafrance—. Oye, te agradecería que no comentaras con nadie nuestra conversación… Ni siquiera he debido hablarte a ti de estas cosas. Por nada especial, es simplemente que no son de vuestro interés.

—Comprendo —sonrió Olia—. Y queda tranquila.

—Te lo agradezco de veras. Bien, será mejor que continuemos con las clases.

—Sí. Esta tarde tengo pensado salir a dar un paseo y tomar una copa por ahí. ¿No te gustaría acompañarme? Podemos pasar un rato agradable.

—Lo siento, pero precisamente esta tarde tengo un compromiso muy importante, porque… Bueno —se echó a reír—, ¡otra vez iba a decir demasiadas cosas! ¿Te parece bien que salgamos juntas

mañana?

—De acuerdo. ¡Espero que Charlton no tenga nada que oponer!

—Tranquila —recomendó Marie Lafrance—: Bannister no tendrá nada que oponer a cualquier cosa que yo decida.

* * *

Desde la ventana de su dormitorio en el primer piso Olia Kunta vio el viejo Ford rodando hacia la salida de la villa, y sonrió irónicamente. Luego, tras decirle a su compañera de habitación que se verían más tarde, bajó a la planta, yendo directa a la habitación de Charlton Bannister, a la que entró sin llamar previamente.

Charlton Bannister, de pie ante la ventana, se volvió vivamente, con el ceño fruncido, pero su gesto se tornó pura miel al ver a la hermosa sudanesa. Se acercó a ella, que había cerrado la puerta, y la abrazó. Con zapatos de tacón alto ahora, Olia Kunta era igual de alta que el atlético Bannister. Éste la besó en la boca, y ella emitió un delicioso gemido de placer y se abrazó a él.

Afuera se oyó el motor de otro automóvil alejándose. La tarde era hermosa.

Bannister apartó su boca de la de Olia, y susurró:

—Por favor, quédate.

—A eso he venido —susurró también ella.

Él le acarició los pechos menudos y altivos por encima de la ropa, y ella entornó los ojos en un gesto de grandioso placer. Charlton procedió a quitarle la ropa, dejando lentamente al descubierto el espléndido cuerpo, que iba besando con fruición, despacio, recreándose, y, al parecer, ocasionando no poco placer a la joven sudanesa, que finalmente le tomó de las manos y jadeó:

—Ven… Ven a la cama… Ya, por favor…

Bannister se quitó su ropa rápidamente. En cuestión de segundos estuvo tan desnudo como Olia, que se tendió en la cama, separó sus turgentes muslos, y le miró con expresión encendida. Charlton Bannister no se hizo esperar más. Ella gimió ahogadamente al recibirlo de lleno, y el norteamericano maldijo de su mala suerte. ¿Por qué no era verdad todo aquello, por qué había tenido que enamorarse de verdad de una maldita negra que lo estaba engañando, que le estaba mintiendo amor y pasión sólo para

sonsacarlo…? ¡Perra suerte la suya! Aunque… quizá se estuviese equivocando, quizá no fuese Olia quien había intervenido en aquello, quizás ella le estuviese amando realmente…

Las esperanzas de Charlton Bannister eran por completo infundadas. Mientras él le hacía sincera y apasionadamente el amor a Olia Kunta ésta simplemente se resignaba a la situación, pero sin corresponder a la pasión del americano. En realidad, ni siquiera pensaba en él: pensaba en la mujer llamada Marie Lafrance, y en qué debía de haber ido a hacer al centro de Mombasa.

Pero no valía la pena preocuparse: no tardaría demasiado en saber absolutamente todo lo que Marie Lafrance hiciera en el centro de la ciudad.

* * *

Primero, después de dejar el coche en un estacionamiento de Haile Selassie Road, Marie Lafrance había echado una carta en un buzón de Correos. Luego, había entrado en una librería, donde había adquirido algunos libros que ahora llevaba en una bolsa de plástico. Más tarde adquirió cigarrillos, anduvo paseando por la ciudad antigua árabe, contemplando entre otras cosas el templo hindú dedicado a la diosa Shiva, el bazar hindú, la mezquita del Jeque Yundani en la esquina con Jomo Kenyata Avenue, y terminó plantándose ante el Templo Jaing, en la Salim Road, el cual estuvo contemplando sin demasiado interés, más bien como distraída, como si estuviera allí por otra cosa; finalmente, perdió todo interés por el templo construido en mil novecientos sesenta y tres según los planos de un templo clásico de Rajasthan, dirigió una última mirada a su relojito de pulsera, y, en Haile Selassie Road eligió un bar, en el cual entró decididamente.

Se instaló ante la barra, sonrió al camarero negro de ojos saltones y admirados que la contemplaba petrificado de maravillado pasmo, y dijo, en inglés:

—¿Puede exprimirme unos cuantos limones?

El camarero asintió, y se dedicó a ello con entusiasmo. Marie encendió otro cigarrillo, y se volvió a mirar el ambiente, con gesto apacible y afable. En aquel momento se abría de nuevo la puerta del bar, y entraba un personaje fantástico: raza blanca, metro

noventa, ojos claros, cabello cortado a cepillo, facciones angulosas, viriles, rotundamente simpáticas, y unos hombros y unas manos de auténtico coloso. Vestía unos viejos tejanos, camisa de hilo negra, y zapatillas deportivas.

El personaje fantástico se fue directo al mostrador, ocupó un taburete junto a Marie, y pidió un *whisky* con voz de trueno. Acto seguido encendió un retorcido cigarro negro de intensa pestilencia, y a continuación su azul mirada se posó en el rostro de su vecina de asiento. El gesto del gigante fue todo un curso de expresividad: se desorbitaron sus ojos, casi se le cayó el cigarro de entre los dientes, tosió debido al humo atragantado y finalmente exclamó, en noruego:

—¡Por todos los dioses escandinavos!

Marie respingó, y se quedó mirándolo con expresión sobresaltada. El gigante farfulló alguna cosa más, adelantó la mano derecha, y pellizcó la barbilla de la negra, que retrocedió sorprendida y de nuevo sobresaltada.

—Pues es cierto, existe, es real y tangible —exclamó el coloso rubio, hablando ahora en inglés—... ¿Hablas inglés, Reina de África?

—Es usted un estúpido —reaccionó de pronto Marie—. Déjeme en paz.

—Ajá, observo que sí hablas inglés, lo cual me alegra muchísimo, ya que podremos entendernos. Me llamo Olaf. ¿Y tú?

—Ya le he dicho que me deje en paz.

—¿Estás esperando a alguien?

—A mi marido.

Olaf frunció el ceño, y acto seguido se echó a reír. Le colocaron el *whisky* delante, bebió un sorbo sin dejar de mirar a Marie Lafrance, y volvió a reír.

—¿Por qué te enfadas? —dijo—. Me he sorprendido tanto al ver una negra tan hermosa que seguramente he hecho y dicho alguna tontería. Pero no te he perjudicado con ello, ¿verdad? Ni he hecho mal alguno a nadie, ¿cierto?

¿O es que un hombre normal no puede enamorarse de una mujer al primer vistazo?

—Usted no es un hombre normal —casi sonrió Marie.

—Te aseguro que sí. En todo.

—Es demasiado alto.

—Ah, ya. Bueno, nadie es perfecto. ¿Qué estás tomando?

—Jugo de limón.

—Cosa horrorosa —se pasmó el gigante—… ¿Por qué tomas eso?

—Es barato, digestivo y purifica la sangre.

Olaf se quedó pasmado; luego miró su vaso con *whisky*, y masculló:

—¿Y qué me dices de esto?

—Todo el mundo sabe que el alcohol es una de las peores drogas que azotan a la Humanidad.

—Caray.

Marie Lafrance terminó su jugo de limón, metió la mano en el bolso, y tuvo que apretar los labios para no sonreír al captar el levísimo gesto de sobresalto de Olaf. Sacó un pequeño monedero, pero el gigante, reaccionando, dijo:

—Permíteme invitarte. Y además, no puedes irte sin esperar a tu marido. Me gustaría conocerlo.

—Me parece que no —rió Marie—: es más alto y más fuerte que usted.

—Eso lo soñaste sin duda la noche que te perdiste en las cumbres del Kilimanjaro.

Marie volvió a reír, mirando cada vez con más atención y simpatía a Olaf, que sonreía como el muchacho más simpático e inocente del mundo.

—Es usted simpático —admitió Marie—, pero de verdad, tengo que marcharme.

—Bueno —la miró intensamente a los ojos él—, quizá podamos vernos con más tranquilidad en otra ocasión. Yo suelo venir todas las tardes a esta hora a tomar un par de tragos a este bar. Mi nombre completo es Olaf Olstrom.

—Yo soy Marie Lafrance… Usted no es inglés.

—Soy noruego. Pero hace mucho tiempo que vagabundeo por África. Es el único continente que vale la pena.

—¿Sí? —se sorprendió Marie—. ¿Por qué?

—Es grande, tiene el cielo azul, y es la morada natural de los leones, que son los animales que más me gustan de todo el planeta. Además, no sé por qué, siempre me han gustado las mujeres negras.

—¿Las blancas no?

—Me gustan mucho más las negras. Son más cálidas, su piel huele a hembra, y saben gozar con un hombre. Hace mucho tiempo que vi la vida muy clara: lo que no encuentre en África no vale la pena de buscarlo.

Marie Lafrance estuvo unos segundos contemplando los inteligentes ojos azules de Olaf Olstrom. Por fin, descendió del taburete y murmuró:

—Gracias por invitarme. Adiós.

—Hasta mañana —dijo él.

Ella apenas sonrió, y abandonó el bar. Había caminado apenas cincuenta metros cuando se las arregló para mirar hacia atrás disimuladamente, y no se sorprendió ni alteró en absoluto al comprobar que Olaf Olstrom la estaba siguiendo. Claro que, dadas las preferencias del noruego por las mujeres, esto no podía sorprender a Marie Lafrance. Lo que sí la tenía sorprendida era el hecho de no haber reparado en la presencia cerca de ella de Olaf antes de entrar en el bar. Porque el encuentro ni mucho menos había sido casual, no dudaba ni por un segundo que el gigante la había estado siguiendo desde que llegó al centro… ¿O quizá la había estado siguiendo desde que salió de la Escuela de Tudor Road?

En cualquier caso, una cosa era segura: Olaf Olstrom era tan noruego como ella misma.

Recogió el coche en el estacionamiento, y emprendió el regreso a la Escuela de la AAFR. A partir de ese momento dejó de ver tras sus pasos a Olaf Olstrom.

* * *

—O sea —rió Olia—, que sales una tarde y ya has encontrado compañía agradable.

—Lo habría sido más si todo hubiera resultado verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Ese gigante no se llama Olaf Olstrom, ni es noruego: es un agente de la KGB rusa.

Olia Kunta se quedó con el cigarrillo a medio camino hacia su sensual boca. Se hallaban las dos en la habitación de Marie

Lafrance, la cual había invitado a Olia a tomar una copa de champán apartados del bullicio de los demás compañeros de la Escuela. Olia había aceptado encantada, y también se había mostrado encantada por las confidencias que le había hecho Marie sobre su paseo de aquella tarde por el centro de la ciudad. Confidencias que acababan de complicarse con las últimas palabras de Marie.

—¿Un agente ruso? —susurró Olia por fin—. Vamos, Marie, no seas fantástica. Los agentes rusos no van por ahí invitando a una negra a tomar unos tragos.

—No tienes nada que enseñarme sobre los agentes rusos —replicó muy amablemente Marie—: hace muchos años que trato con ellos, y sé muy bien cómo son. Los huelo desde una milla. Es por eso que debo admitir que Olstrom no es un agente corriente: sin duda me estuvo siguiendo desde que llegué al centro, y yo no supe verlo. Esto es absolutamente fantástico, te lo aseguro, y define a Olaf como un agente muy especial. Tú tampoco lo haces mal. No en vano hace mucho tiempo que estás trabajando en el espionaje. ¿Qué edad tenías cuando comenzaste? ¿Dieciséis años?

El rostro de Olia se había demudado. Pero no sólo por lo que decía Marie Lafrance, sino porque estaba presenciando algo verdaderamente impresionante: Marie ya no era tan negra. En realidad, su piel se iba tornando blanca a ojos vista, rápidamente; un blanco dorado de sol muy peculiar, pero ciertamente ya no era negra.

Marie se dio cuenta de la impresión de Olia, se miró un brazo, y sonrió, haciendo al mismo tiempo un gesto como de fastidio.

—Vaya, ya están pasando los efectos. Tendré que inyectarme otra dosis de veinticuatro horas. Pero de momento vamos a dejarlo así y prosigamos con nuestra conversación.

—Pero… ¿qué te está ocurriendo? —jadeó Olia—. ¿Qué le pasa a tu piel?

—Te lo explicaré en otro momento. Ahora, me gustaría que comprendieras tu pésima situación. Escucha, desde que llegué al centro de Mombasa estuve haciendo cosas para que si alguien me vigilaba sintiera interés por mí y mis actividades: eché al buzón un sobre que no contenía nada ni iba dirigido a nadie, compré libros, simulé estar esperando a alguien en un bar… Todo ello para servir

de gancho a la persona que tú hubieras avisado. Porque lo hiciste, ¿verdad? Utilizando material del que tan abundantemente disponemos en el lugar montaste una pequeña radio, con la cual avisaste de mi presencia en la Escuela, que disponía de habitación propia y sin duda mando tanto como el propio Charlton Bannister… Y cuando me viste marchar, lo avisaste: ahí va ella, a ver qué podéis averiguar siguiéndola. ¿No es así? Lo único que me ha sorprendido ha sido la intervención de Olaf, pues ha sido demasiado… descarada, muy comprometida para ti. La verdad es que yo esperaba que avisaras a Emilio Carrasco. ¿Tampoco sabes quién es Emilio Carrasco?

Olia Kunta estaba lívida y demudada. Marie Lafrance dejó su copa de champán tras apurarla con placentera expresión, y encendió un cigarrillo. A través del humo miró nuevamente a la petrificada Olia.

—¿No sabes quién es Emilio Carrasco? —insistió.

—No… No.

—Carrasco es un cubano que sin duda hace años que está metiendo sus narices en toda clase de asuntos africanos, y colaborando con los rusos en controlar el continente. Es decir, que mientras tú te dedicabas a espiar en Estados Unidos aprovechando tu estancia universitaria allí, él se dedicaba a espiar en África. Hay una diferencia entre tú y él, sin embargo: él es un espía, y no tiene nada que agradecer a África; tú, en cambio, tienes que agradecer a Estados Unidos cuando menos la buena acogida que te dispensaron, años de cultura, un título universitario… Te recibimos en casa y tú la llenaste de mierda. ¿Lo entiendes? No contenta con esto, aprovechando tus buenas… referencias universitarias, todavía te muestras más puerca: te introduces en la operación de la AAFR, te instalas aquí, y cuando un agente de la CIA descubre que estás jugando sucio lo delatas a Emilio Carrasco, o quizá simplemente el agente de la CIA os descubre cuando tú te reúnes con el cubano para entregarle algo o pasarle algún informe, pues todavía no has conseguido montar tu sistema de comunicación con él. Como sea, eres la causante directa de la muerte de ese agente de la CIA. Por cierto, no sé si conocías su nombre: Dick Merrill. ¿Te suena?

Marie Lafrance había recuperado su aspecto normal, es decir, que ahora Olia estaba contemplando a Brigitte Montfort, a

excepción del color de los ojos, que seguían siendo oscuros debido a las lentillas especiales de contacto, y al cabello, más rizado de su ondulación natural.

—¿Quién es usted? —jadeó por fin Olia.

—La agente Baby.

Olia Kunta prefirió un grito de espanto, se puso en pie, y salió disparada hacia la puerta de la habitación, que abrió de un tirón, dispuesta a escapar de allí fuese como fuese…

Ante ella estaba Charlton Bannister, muy pálido, cortándole el paso. Olia volvió a gritar, intentó pasar empujando al norteamericano, pero éste la sujetó por un brazo, entró en la habitación casi arrastrándola, y la derribó rudamente ante los pies de Marie Lafrance, que se había acercado calmosamente. Bannister cerró la puerta, y se quedó mirando a Olia, lívido como un muerto.

—Puerco —barbotó ella, mirándole con expresión de odio—… ¡Puerco, puerco, puerco…!

—Querida, fuiste tú quien se ofreció a mí, no yo quien te buscó a ti —dijo con voz crispada Charlton—. Yo, simplemente, acepté lo que se me ofrecía.

—¡Hijo de…!

—Será mejor que nos deje solas, Charlton —dijo Brigitte—. Usted vaya a la habitación de ella, y busque entre sus cosas: ya verá como encuentra una pequeña radio que nos demostrará la gran habilidad de Olia en estos menesteres. En realidad, todo lo que le podamos enseñar nosotros en esta Escuela ya se lo habían enseñado antes los cubanos en Estados Unidos… ¿Verdad, Olia?

—¡Cerda! —aulló la bella negra.

La espía americana frunció el ceño, se acercó más a la negra, y le aplicó un tremendo e implacable puntapié en pleno vientre.

Olia Kunta pareció quedar convertida en estatua de yeso, desencajadas las facciones, casi fuera de las órbitas los ojos.

Boqueó como pez fuera del agua, y, de repente, se relajó y terminó de derrumbarse al suelo, desvanecida.

Charlton hizo intención de acudir a ella, pero Baby le sujetó por un hombro.

—Salga de aquí —dijo fríamente—, y vaya a hacer lo que le he dicho. Usted está enamorado de ella todavía, y sólo me serviría de molestia.

—¿Qué… qué va a hacer con ella? —Tragó saliva Charlton. Brigitte fue a abrir la puerta de la habitación.

—Salga —ordenó—. Y no vuelva por aquí hasta que encuentre el sistema que utiliza Olia para comunicarse con sus amigos del exterior.

Charlton Bannister bajó la cabeza, y salió de la habitación de Marie Lafrance. En el fondo se resistía a abandonar la esperanza de que todavía podría amar alguna vez más a Olia Kunta.

Capítulo V

Olia Kunta abrió los ojos, estuvo unos segundos mirando el blanco techo, y luego su mirada se desplazó por la habitación, hasta localizar a Marie Lafrance, sentada en un butaquita, terminando el cigarrillo. Había permanecido sin sentido menos de cinco minutos.

—No tienes demasiadas alternativas, francamente —dijo Marie —. Estás muerta, en realidad. Sólo se trata de morir rápidamente y sin dolor o hecha pedazos. Si he de serte sincera, me gustaría que fueses un poco dura, a fin de convencerme a mí misma de que no habría tenido más remedio que torturarte. Tú ya sabes que quien asesina a uno de mis Simones está condenado a muerte… ¿Verdad que lo sabes?

—No lo maté yo —susurró Olia, incorporándose lentamente—… Lo hizo Emilio.

—Ya. De modo que él fue la mano ejecutora. De acuerdo. ¿Dónde puedo encontrar a Emilio?

Olia se pasó las manos por la cara, y respiró hondo. Enseguida gimió de dolor, y se llevó las manos al vientre, allá donde la espía americana había golpeado fuertemente con un pie… La mano derecha de Olia quedó con gesto absolutamente natural sobre la hebilla del cinturón de piel que ceñía su cintura resaltando la esplendidez del cuerpo. De repente, tiró de la hebilla, y algo silbó en el aire. Olia saltó sobre Brigitte, y movió la mano derecha como descargando un sablazo horizontal.

No consiguió sorprender en absoluto a la espía americana, que ya se estaba apartando mientras el afilado alambre de acero silbaba espeluznantemente en el aire. Olia giró, gritando de rabia, y lanzó ahora un golpe vertical. La extraordinaria arma volvió a silbar cortando el aire, y golpeó en el respaldo del silloncito, cortando la tapicería y hundiéndose un instante en la madera como si ésta fuese mantequilla. Olia retiró el arma con seco tirón, buscó de nuevo a

Brigitte…, y se la encontró delante mismo, impávida.

—Yo te voy a enseñar cómo se hace daño —dijo Brigitte.

Alzó la pierna derecha, y la punta del zapato se hundió con blando y escalofriante impacto en pleno sexo de Olia Kunta, que lanzó un bramido espantoso, se encogió como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y pareció a punto de derrumbarse, anegadas los ojos en lágrimas de dolor.

Pero, reaccionando con una fiereza impresionante, alzó de nuevo el brazo, dispuesta a lanzar otro tajo con el cuchillo-alambre. O mejor dicho, el alambre-cuchillo, pues el arma era un alambre de un diámetro de tres milímetros que había sido afilado hasta hacerle perder su forma circular y darle forma triangular, de modo que presentaba tres aristas, afiladas de modo especial. Tan especial que no sólo podían cortar madera como si fuese mantequilla, sino que con un golpe aplicado con la suficiente maestría y fuerza se podía decapitar a una persona.

Pero la persona en cuestión, ciertamente, no estaba dispuesta a dejarse decapitar, de modo que, anticipándose a la acción de Olia, Brigitte lanzó otro puntapié escalofriante que alcanzó de nuevo a Olia en el sexo, arrancándole tal grito de dolor que fue imposible que Bannister lo resistiera, y le impulsó a entrar impetuosamente, abandonando su posición al otro lado de la puerta.

Con las manos en él sexo, Olia volvió la cabeza hacía él, rebosantes de angustia sus hermosos ojos, como implorando ayuda.

Brigitte se acercó de nuevo a ella, y la golpeó ahora en el seno izquierdo, con una crueldad que puso de punta los pelos de Charlton Bannister, que jadeó:

—Por el amor de Dios…

Olia Kunta caía de bruces, lentamente, como si hubiera algo denso en el aire que la fuera reteniendo. Sus labios se partieron con el impacto contra el suelo, la negra giró y dejó visible su zona genital, con el vestido empapándose de sangre. Bannister estaba tartamudeando algo, al borde del desmayo. Brigitte cerró la puerta, y se quedó mirando a su compatriota americano, que tenía en las manos una pequeña radio improvisada, pero perfectamente eficaz, como comprendió Brigitte con una simple mirada.

—¿Eso es lo que ha encontrado? —preguntó.

—¿Eh…?

—Vamos, Charlton, reaccione: esta mujer es una espía que condenó a muerte a otro espía, americano éste. Es una traidora integral a los Estados Unidos de América, es la víbora que muerde el seno que la cobija. ¡Entiendo a los espías, pero no transijo con esta clase de gente!

—Pe-pero la… la va a matar…

—Desde luego. Sin embargo, antes tiene que decirme lo que me interesa, o sea, dónde puedo encontrar a Emilio Carrasco. He localizado a un agente ruso…, mejor dicho, él me ha localizado a mí gracias al aviso que debió de pasarle Olia de que yo salía de la Escuela, pero quien me interesa más es Carrasco. ¿Y sabe por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque Carrasco es un jefe de asesinos, no propiamente un espía. O quizá sea ambas cosas. Pero si bien como espía le respetaría, no pienso hacerlo como jefe de asesinos…, jefatura que indica bien claramente que también él es un asesino de alto nivel. Como Olía misma —Brigitte se inclinó y recogió del suelo el mortífero cinturón alambre-cuchillo—… ¿Cree que una cosa como ésta la llevan las personas corrientes?

—¿Qué… qué es eso?

—Esto es algo con lo que ella le habría degollado o decapitado a usted cualquier día, cuando ya no le necesitara para obtener información.

Charlton parecía un muerto puesto de pie. Se pasó la lengua por los labios, miró a Olia, miró a Brigitte, otra vez a Olia, cuya mancha de sangre había dejado de extenderse.

—Parece que… que le ha reventado… el sexo…

—Sólo le servía para mentir —replicó fríamente Brigitte; al otro lado de la puerta se oían las excitadas voces de los alumnos de la AAFR—. Salga y dígales a esos muchachos que se ocupen de sus asuntos. No quiero que me vean así.

Charlton tardó todavía unos segundos en comprender a qué se refería Marie Lafrance, cuya piel bronceada, pero indiscutiblemente de raza blanca, habría chocado no poco a los alumnos de la Escuela. Salió a indicarles que debían alejarse de aquella zona de la casa. Cuando entró de nuevo en la habitación, Marie Lafrance se estaba inyectando cuidadosamente el líquido contenido en una jeringuilla de fino material transparente que luego guardó en un estuche que a

su vez guardó en el maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—Siéntese por ahí y no intervenga —dijo ella.

Charlton se sentó en el borde de la cama. Para mayor espanto del ingenuo americano la piel de Marie Lafrance se iba oscureciendo a ojos vistas, hasta que muy pronto, volvió a ser de negro terciopelo… Así la vio Olia Kunta cuando, poco después, recuperó de nuevo el conocimiento.

—Quiero encontrar a Carrasco —insistió la espía americana—, y si no me lo dices te voy a cortar las manos, las orejas y los pechos, y te llevaré hecha pedazos a la sabana, para que te devoren las hienas. Y estoy hablando en serio.

Olia se llevó las manos al sexo, miró la sangre que las empapó, y luego se arrastró hasta apoyar la espalda en una pared. Su mortecina mirada buscó a la espía americana, la encontró, vio luego el rastro de sangre que había dejado por el suelo, y de nuevo miró a Marie Lafrance, la negra argelina.

—No sé dónde está Carrasco —susurró—… Sólo sé dónde está Stepan.

—¿Quién es Stepan?

—Stepan Bolnakov es… el hombre que tú conoces como Olaf.

—Ah, ya. El ruso simpático. ¿Sabe él dónde está Carrasco?

—No lo sé. Yo… yo me comunicaba con Stepan, y él con… con Carrasco, pero no sé si sabe dónde está…

—Ya entiendo. Bien: ¿dónde está Stepan Bolnakov? Tenemos una cita mañana por la tarde, pero me ha resultado tan simpático que no estoy dispuesta a esperar. —La ironía del Brigitte estremeció a Charlton—. ¿Dónde está?

—Sí le dices que yo le he delatado… me matará…

—No seas estúpida —se congeló la voz de Brigitte—: tú ya estás muerta.

* * *

Era una vieja casa ubicada en Azania Drive, en el extremo sur del islote en el que se halla enclavada la ciudad de Mombasa. Desde la avenida se veía el mar, ahora teñido de color naranja por la luna llena. Era un sitio de relativa tranquilidad. Se podían ver las luces de las embarcaciones que iban o venían de Kilindini Port. Un poco

más allá de la casa de Stepan Bolnakov había un acceso directo al mar por medio de escaleras en la roca, que terminaban en una playita.

Esto lo vio Marie Lafrance mientras pasaba con el coche un par de veces por delante de la casa, en la que no había luz alguna en aquellos momentos.

¿La había engañado Olia Kunta? No podía ser tan tonta y al mismo tiempo tan atrevida como para provocar de ese modo a la implacable espía americana…

«—Tengo dos opciones —pensó Marie Lafrance—. Una, esperar a que llegue el simpático Olaf. Dos, entrar ahí a ver qué encuentro».

La opción dos le hizo sonreír. ¿Qué esperaba encontrar en la madriguera provisional de un espía profesional? Pues nada. Nada que valiera la pena.

¿Una radio, una pistola tal vez, algunas notas cabalísticas…? Nada. Lo mejor, pues, era esperar al hombre.

No tuvo que esperar mucho. El hombre llegó unos cuarenta minutos más tarde. Pero no era Olaf Olstrom. Ni siquiera era blanco. Era un negro que llegó en una decrépita bicicleta, de la cual se apeó ante la casa; la agarró con una mano por el manillar, y, cojeando ligeramente, recorrió con ella el sendero que dividía en dos el mal cuidado jardín. El negro llegó al porche, en el cual dejó apoyada la bicicleta, abrió la puerta de la casa, encendió la luz, entró, y cerró. Normal, lógico, sencillo. ¿Le había mentido Olia Kunta?

¿Le había dado astutamente una dirección cualquiera, buscando solamente ganar tiempo…?

La idea se le antojó a Brigitte como una carga de dinamita que de pronto estallase dentro de su cabeza: ¿la había engañado Olia para alejarla de allí, esperando convencer a Charlton de que la dejara escapar mientras ella se hallaba fuera de la Escuela?

Decidió no precipitarse, convencida de que, al menos, ahora no venía de perder un minuto más o menos. Salió del coche, y casi corrió hacia la casa, a cuya puerta llamaba segundos más tarde. Muy pronto podía saber si en aquella casa vivía Stepan Bolnakov. Y si no era así, ya sabía que tenía que regresar a toda prisa a la Escuela de la AAFR.

La puerta se abrió, dejando visible al negro, que recibía luz

desde atrás, lógicamente, desde el interior de la casa, silueteándolo. Él preguntó algo en un idioma que Marie Lafrance no entendió ni remotamente. De modo que hizo su propia jugada.

—¿Está en casa Stepan? —preguntó, en ruso.

El negro quedó un instante atónito, y luego comenzó a hablar rápidamente en el mismo idioma que antes. La espía americana tuvo que jugárselo todo a la última carta antes de dar la vuelta y echar a correr hacia el coche para emprender el regreso a la Escuela: sacó su pistola de cachas de madreperla, y puso la boca de fuego ante la grande y deformada nariz del negro.

—Estúpido negro de todos los demonios —dijo amenazadoramente, siempre en ruso—... ¡Quiero ver a Stepan Bolnakov inmediatamente! Soy Galina Cherkova, camarada suya, y necesito verlo con urgencia. ¡Contesta!

Para sorpresa de Marie Lafrance, el negro contestó, en ruso:

—Él no está en casa ahora.

—¿No? ¿Y quién eres tú?

—Soy Zivo, su criado.

Baby ladeó la cabeza, y estuvo unos segundos estudiando la faz del negro, que ahora veía mejor. Debía de tener unos cincuenta años, sus cabellos parecían grises alambres retorcidos, su boca era gruesa, la nariz era casi enorme..., y le faltaba un trozo de la oreja derecha. Su ojo izquierdo tenía algo... extraño. Brigitte terminó por empujar al criado, entrando en la casa y cerrando la puerta. Entonces pudo verlo mejor, y comprender lo del ojo izquierdo, todo él cubierto por una mancha gris; parecía una pelota de ping pong podrida. Visión nula, por supuesto.

—Su criado, ¿eh? —deslizó Marie Lafrance—. Hablas muy bien el ruso.

—Por eso me tomó como criado —sonrió Zivo—. Aparte de que tengo muchas otras habilidades.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Muchas. Llevo muchos años aprendiendo cosas de los rusos y de otros blancos, camarada.

—Eres un listo, ¿verdad?

—No soy tonto —sonrió de nuevo Zivo.

—Supongo que eso también decidió a Stepan a tomarte como criado —terminó por sonreír a su vez Brigitte—... ¿Y Emilio? ¿Está

Emilio en casa?

—No, tampoco. Emilio casi nunca viene aquí.

—¿Dónde puedo encontrarlo? Tengo que verlo a él o a Stepan cuanto antes.

—No va a poder ser. No tengo ni idea de cuándo vendrá Emilio, él siempre anda por ahí, por muchos sitios. Y en cuanto a Stepan, si quiere verlo tendrá que esperar aquí.

—Pero tú sabes dónde está.

—Sí, pero Stepan me tiene ordenado que jamás le diga eso a nadie. A nadie.

—¿Ni siquiera a Emilio?

—Ah, sí, a Emilio sí. Pero es que Emilio siempre sabe dónde encontrar a Stepan.

—Ya. Bueno, Zivo, voy a hacer un trato contigo: tú me dices dónde puedo encontrar ahora mismo a Stepan, y yo no te reviento el ojo sano de un balazo. ¿Qué te parece mi oferta?

El negro parpadeó. Su ojo sano mostró, ciertamente, el matiz de la desconfianza además del temor. Al parecer, no entendía muy bien aquella actitud por parte de la «camarada Galina Cherkova».

—Stepan se va a enfadar mucho —advirtió.

—Deja que yo me encargue de los enfados de Stepan.

—Está bien —encogió los hombros Zivo—: él está en el almacén de Likoni.

—¿Qué almacén es ese?

—¿No sabes de qué te estoy hablando? —se sorprendió Zivo.

Marie Lafrance se dio cuenta inmediata de su error, y replicó, con indiferencia:

—Soy nueva en la zona, y la única información que me dieron al enviarme aquí fue el nombre y la dirección de Stepan, para que viniera a ponerme a sus órdenes.

—Ah, bien… Pero en ese caso no tienes por qué buscarlo con tanta urgencia. Él vendrá aquí tarde o temprano, y entonces ya lo verás. Además, no me está convenciendo todo esto. Galina Cherkova es nombre de mujer rusa, ¿no? Y tú eres negra… ¿Cómo puedes llamarte como una mujer rusa blanca?

—Es que me he teñido la piel, pero soy blanca.

Zivo frunció el ceño, adelantó una mano, y tocó la piel de Marie Lafrance.

—No es cierto —gruñó—. Tú tienes la piel negra. Tú no eres rusa. Me estás mintiendo.

—No deberías ser tan listo, Zivo —sonrió Marie Lafrance.

Y sin más, con la mano izquierda aplicó un inesperado, suave y eficacísimo golpe en la sien derecha de Zivo. Éste puso en blanco el ojo sano, dobló las rodillas, y rodó por el suelo, desvanecido. Brigitte se guardó la pistola, agarró al negro por la ropa del cuello, y lo arrastró hacia el interior de la casa, donde encontró gran cantidad de cordeles fortísimos, con los que ató las manos del negro a la espalda, y luego sus pies uno con otro. Zivo continuaba sin sentido, de modo que la espía americana decidió aprovechar el tiempo, o al menos dedicarlo a algo que quizá resultase productivo.

Capítulo VI

No fue productivo, pues tal como había sospechado desde el principio, en aquella casa no había nada que pudiera interesar en modo alguno a un espía. Era una casa amplia, destartalada, con telarañas en muchos sitios y dotada del mínimo confort imaginable para vivir en ella. Lástima, considerando el lugar donde se hallaba ubicada, con vistas al mar y siempre al sol…

Cuando Zivo recobró el conocimiento, Marie Lafrance estaba sentada en una silla, mirándole con socarrona expresión. El negro soltó un gruñido, y se quedó a su vez mirándola fijamente con su ojo sano y colérico.

—¿Cuál es la dirección exacta de ese almacén de Likoni? —quiso saber Marie—. Y por favor, Zivo, no me obligues a ser cruel.

—Es el número 202 de Shelley Beach Road, casi delante mismo del ferrycar que tiene puerto en Nyerere Avenue.

—Ah, sí, ya sé. Dispongo de un excelente plano de Mombasa, precisamente para poder afrontar situaciones como ésta. Bien, vamos a hacerle una visita de cortesía al camarada Bolnakov.

—Tú no eres rusa —mascულló Zivo.

—No, no lo soy —sonrió la bellísima negra—, pero sí soy una… camarada, o cuando menos colega de Stepan, eso te lo aseguro. ¿Que prefieres? ¿Que te deje aquí así, tan bien atado, o que te lleve conmigo dentro del maletero de un lado a otro?

—Que me dejes aquí.

Durante unos segundos, Marie Lafrance estuvo observando con extraña expresión sonriente a Zivo. De pronto se puso en pie, y fue hacía la puerta de la casa, de la cual salió. Regresó con el coche, que dejó delante mismo del porche, en el jardín, con el maletero abierto. Entró de nuevo en la casa, amordazó fuertemente al cada vez más enfurecido Zivo, se lo cargó en un hombro como si fuese un saco medio vacío, y lo sacó de la casa, tirándolo dentro del

maletero, que cerró tras reír simpáticamente.

Segundos después se alejaba de la casa, al volante del viejo Ford. Tenía que llegar al embarcadero del ferrycar, con el cual se trasladaría a Likoni, ya en territorio continental.

* * *

Abandonó el ferrycar tras la corta travesía de apenas media milla, y a los pocos segundos estaba ya circulando por Shelley Beach Road. Si en el número 202 de esta avenida no había un almacén, Zivo tendría motivos sobrados para lamentar su mentira, y el negro, que sabía que ella se lo había llevado en el coche precisamente para tenerlo a mano si la había engañado, no debía de estar nada tranquilo…

Pero no le había mentido. El número 202 de Shelley Beach Road era efectivamente un almacén. Mejor dicho, un conjunto enorme de almacenes, ante el cual había varios camiones grandes y equipo para proceder a su carga. En la fachada del almacén central había encendido un tristísimo conjunto de tubos fluorescentes, y eso era todo. La gran puerta central, en la que había otra mucho más pequeña, estaba cerrada. Evidentemente, no era hora de actividad en el lugar, cuyo nombre constaba en la puerta pintada de oscuro, pero con letras ya tan deslucidas que ni siquiera podían leerse.

Marie Lafrance pasó conduciendo lentamente ante todo este conjunto, se desvió por la avenida que conducía a la ruta hacia Shimba, y regresó. Metió el coche entre dos de los grandes camiones, de modo que no se veía, y se apeó, tras sacar la pistola de cachas de madreperla del maletín y esconder éste bajo el asiento. Cerró el coche, y se dirigió a pie hacia el extremo del conjunto de almacenes. Pasó entre éstos y otros contiguos, pertenecientes sin duda a otra empresa, y no tardó en llegar a la parte de atrás, donde había rumor de ratas y olores sencillamente repugnantes.

A unos tres metros de altura había una pequeña ventana en la que se veía luz, apenas como un recuadro gris azulado en la oscuridad. De alguna parte llegó el furioso bramido de una pelea de gatos. El lugar era de lo más sórdido, y poco dado a especulaciones sobre espionaje de alto nivel, pero Marie Lafrance tenía demasiada experiencia para dejarse impresionar por apariencias.

Buscó un par de viejas cajas de madera que crujieron cuando las apiló bajo la ventana, y todavía más cuando se subió en ellas, pero consiguió alcanzar la ventana. Agarrada al marco de ésta, contempló el interior del enorme almacén de nave única, completamente lleno de fardos, pequeños vehículos de transporte, cajas de madera… De alguna parte llegaba un rumor de voces, y también se veía el resplandor desangelado de un conjunto de tubos fluorescentes.

Sin titubeo alguno, la señorita Montfort se descolgó por la ventana tras descalzarse, y salvó de ágil y silencioso salto el resto de la distancia hasta el suelo. Dejó los zapatos allí mismo, empuñó la pistolita, y su fino oído la orientó hacia el lugar de donde provenían las voces y el desangelado resplandor de las luces fluorescentes.

Muy pronto comenzó a distinguir las palabras, y por supuesto, el idioma: estaban hablando en inglés. Cosa tanto más sorprendente cuanto que no tardó en identificar la voz del hombre que se había presentado a sí mismo como Olaf Olstrom, es decir, el espía ruso Stepan Bolnakov. ¿Con quién estaba hablando en inglés el espía ruso?

El rumor de pasos acercándose inmovilizó a Marie Lafrance. Quedó quieta junto a una pila de cajas que formaba pasillo con otras. Los pasos se iban acercando decididamente, y de repente apareció un hombre de raza blanca, alto, rubio, fuerte, con una metralleta colgada del cuello y con ambas manos maniobrando en la cremallera del pantalón, que parecía haberse enganchado.

Justo en el momento en que el hombre conseguía bajar la cremallera dejando abierta la bragueta, doblaba la esquina de cajas y quedaba ante Marie Lafrance.

El pasmo del hombre fue digno de una antología. Se detuvo en seco, abrió mucho los ojos y la boca en gesto por demás estupefacto, y se olvidó de todo, incluso de sus deseos de orinar. La mente le quedó tan en blanco como si jamás hubiera tenido nada en ella. Brigitte dio un paso hacia él, alzó la pistolita, y descargó un impecable y certero golpe con la base de la culata en la sien izquierda del pasmado sujeto; sus ojos bizquearon, de su boca brotó como un ronquido, y el hombre dio un torpe paso hacia delante; el puño izquierdo de Marie Lafrance le golpeó con seco impacto bajo la oreja derecha. El hombre giró sobre sí mismo y se desplomó

pesadamente, como un gran paquidermo. El golpe de su corpachón contra el suelo fue blando, pero la metralleta resonó con más fuerza.

Marie se la quitó rápidamente y se irguió, tensa.

Todo seguía igual, parecía que nadie se había enterado de nada. Seguía sonando la voz de Olaf Olstrom en inglés. Estaba hablando de armas y de un barco. Marie Lafrance miró hacia lo alto de la pila de cajas, se colgó la metralleta del cuello, y, en el mismo instante en que se disponía a colocar su pistolita entre los senos, apareció el gigantesco negro por el mismo sitio que antes el rubio y fuerte vigilante.

La expresión del negro fue cómica, pero su reacción fue más veloz que la del rubio: agarró la metralleta que colgaba de su cuello y comenzó a orientarla hacia la intrusa al tiempo que su boca se abría más para proferir el grito de alarma…

Plof, disparó Marie Lafrance.

La bala se hundió en el centro de la frente del negro, que inmediatamente relajó los brazos, soltando sus manos la metralleta. Estaba a unos cinco metros de Baby, que le contemplaba un poco crispada. No había podido hacer otra cosa más que disparar para impedir que el hombre lo hiciera antes contra ella, y que gritase, cosas ambas que habrían alarmado a las personas que hubiera en el almacén, lógicamente. De todos modos, cuando cayera ahora también haría ruido…

Pero el gigantesco negro no cayó. Se quedó de pie, vidriada la mirada de sus ojos muertos, abierta ya para siempre su boca de cadáver. La espía americana se acercó a él, lo sujetó, y lo depositó en el suelo. Luego, regresó a su anterior idea de escalar las pilas de cajas.

No tuvo problema alguno para conseguirlo, ni para desplazarse de la cúspide de una pila a la cúspide de otra. En uno de estos desplazamientos vio la zona vacía de cajas. Había dos helicópteros allí. En uno de ellos, dos hombres trabajaban en su interior, haciendo algo que Marie Lafrance no pudo distinguir. Uno de ellos sujetaba una linterna, iluminando la labor del otro. Tras contemplar unos segundos los helicópteros, Brigitte continuó desplazándose por encima de las pilas de cajas, hasta que, al llegar al borde de una de ellas se colocó de bruces y asomó cautamente la cabeza.

Abajo estaba Olaf Olstrom, de pie. Alrededor de él, ocupando todo el amplio espacio entre las pilas de cajas y otras mercancías diversas, había no menos de cincuenta hombres de todas las razas, fijas sus miradas en el espía soviético. Había negros, blancos, hindúes, chinos, malayos…

Marie Lafrance retiró rápidamente la cabeza, soslayando así el riesgo de ser vista. Quedó tendida sobre las cajas, escuchando, inmóvil.

—… evidente que el riesgo existe —decía Olaf Olstrom—, pero no es excesivo. Aun suponiendo que ese barco disponga de armamento suficiente de combate directo para hundirnos, lo que sí está a nuestro favor es que su movilidad será en todo momento muy inferior a la nuestra. Por lo tanto, el ataque no puede fracasar de ninguna manera. Pero debemos hacerlo de modo que su duración sea mínima, es decir, que en cuestión de segundos consigamos todo nuestro objetivo, sin dar opción a los…

De repente, en alguna parte sonó un grito, y enseguida una voz gritó, en ruso:

—¡Stepan, ven a ver esto!

Marie Lafrance apenas pudo contener el respingo de sobresalto al comprender la peligrosa realidad: alguien había encontrado al negro muerto y al gigante rubio desvanecido. Se colocó a gatas y comenzó a desplazarse rápidamente hacia el otro lado de la pila de cajas.

—¿Qué ocurre, Igor? —Alzó más la voz Bolnakov.

—¡Nako está muerto! ¡Y Torms está sin sentido, le han golpeado!

Marie Lafrance se imaginó perfectamente la sorpresa y el sobresalto del agente soviético, y apresuró su marcha por encima de las cajas. Al saltar de una a otra oía ya el rumor de muchos hombres moviéndose. Y de nuevo la voz de Stepan Bolnakov, sin duda el cerebro pensante del gran grupo:

—¡Distribuiros por todo el almacén y registradlo todo! ¡Y vigilad las salidas de modo especial! ¡Deprisa!

Marie Lafrance se detuvo, y quedó tendida de cara al sucio techo lleno de tenebrosas manchas de oscuridad. Mala suerte. Las posibilidades de salir de aquel lugar eran prácticamente nulas. A menos que usara la inteligencia y no la fuerza o la audacia.

Pretender vencer a más de cincuenta hombres armados era, simplemente, una estupidez. Pero… ¿y burlarlos?

Sólo había un modo de conseguirlo: esconderse tan bien que no pudieran encontrarla, de tal modo que llegaran a la conclusión de que la persona o personas que habían matado al negro ya habían escapado antes de que se diesen cuenta de su presencia en el almacén. Finalmente, convencidos de esto, dejarían de buscar, y, más adelante, cuando las cosas se hubieran calmado, e incluso aquella gente hubiera abandonado el almacén, ella podría salir de su escondrijo y marcharse de allí.

Con esta idea, Marie Lafrance introdujo con fuerza la boca de la metralleta bajo una de las tablas que tapaban una de las cajas, la alzó, comenzó a apartar la paja…, y se quedó mirando las armas que contenía. Tras un instante de inmovilidad, reaccionó, y procedió a abrir otra caja…, que también contenía armas. Subfusiles Makarov. Es decir, pequeñas armas convencionales para uso individual.

Oyó el grito muy cerca de ella, respingó, volvió la cabeza, y vio al chino que, en el borde de la pila de cajas, la miraba y gritaba algo.

Plof, disparó.

El chino emitió un gorgorito, y desapareció. Se oyó el golpe de su cuerpo contra el suelo. Marie Lafrance comprendió que había sido descubierta, que ya no podría esconderse para simular que se había marchado con anterioridad.

Es decir, que ahora tenía dos opciones: o morir intentando la fuga, lo cual era una imbecilidad…, o utilizar la inteligencia.

—¡Olaf! —gritó en inglés—. ¡Soy Marie Lafrance, quiero verle!

Se hizo el silencio. Silencio absoluto en el almacén tras algunos cuchicheos y ruidos de pies. Tras algunos segundos, se oyó la voz del agente ruso, también en inglés.

—De acuerdo, Marie. Déjese ver.

—No disparen.

—Tranquila, no permitiré que le ocurra nada a la negra más hermosa del mundo.

La espía americana torció el gesto. Bueno, al menos sabía que se enfrentaba a un espía aproximadamente de su nivel, no a uno de esos de quinta categoría que todo quieren resolverlo a golpe de

cuchillo. Dejó la metralleta, escondió la pistolita entre los senos, y se descolgó por un lado de la pila de cajas, quedando en un pasillo. Varios hombres aparecieron inmediatamente, la apuntaron con sus armas, y le indicaron el camino a seguir por entre diversas mercancías.

Segundos más tarde, Marie Lafrance se hallaba en el amplio espacio donde poco antes había visto a todos los hombres reunidos escuchando las instrucciones de Olaf Olstrom. Éste permanecía de pie en el centro del espacio vacío, mientras todos sus secuaces iban reapareciendo, en silencio, algunos de ellos arrastrando al gigante rubio, al negro muerto, y otro al chino también muerto. El silencio fue notable durante unos momentos.

De pronto, el atractivo y gigantesco Olaf Olstrom sonrió de aquel modo tan absolutamente simpático.

—Creí que no nos veríamos hasta mañana —dijo.

—Soy una mujer muy impaciente —sonrió también Marie.

—Eso me gusta. Eres hermosa, eres negra, y además impaciente, es decir, apasionada. Sí, me gusta mucho que seas así. Lo vamos a pasar muy bien haciendo el amor.

—Estoy segura de que sí —aceptó con voz cálida Marie Lafrance. Olaf Olstrom ladeó la cabeza, entornó los párpados, y preguntó:

—¿Qué le ha pasado a Emilio?

—¿Qué Emilio? —se sorprendió hlpócritamente Marie.

—El hombre que te ha dicho cómo llegar hasta aquí.

—Ah… No, no ha sido así. Quien me ha hablado de este lugar ha sido Olia Kunta. Ya sabes: la negra amante tuya que has arrojado en brazos del americano Bannister para que te tenga informada… ¿No?

Olaf, que estaba moviendo negativamente la cabeza, murmuró:

—No. Olia sabe dónde encontrarnos a Emilio y a mí, pero no sabe nada de este lugar. De modo que Olia sólo pudo enviarte a la casa de Azania Drive. Marie: ya no estamos bromeando en el bar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó la espía americana—… Es cierto que he estado en Azania Drive, pero no he visto allí a Emilio Carrasco, sino a Zivo, tu criado. Le hice comprender que si no me contaba algunas cosas lo iba a pasar francamente mal…, y me dio esta dirección.

Olaf Olstrom parpadeó, lentamente, como con dificultad, tan fijamente estaba mirando a Marie Lafrance.

—Está bien —murmuró—… ¿Y qué le ha ocurrido a Zivo?

—Nada. Lo tengo prisionero en el maletero del coche, eso es todo.

Olaf se acercó a Marie Lafrance, pellizcó suavemente la piel de su cuello, y luego se miró las yemas de los dedos. Insistió en pellizcarla, ahora en un brazo, siempre como queriendo retirar algo de su piel, y volvió a mirarse las yemas de los dedos. Su gesto era visiblemente incrédulo y hasta desconcertado.

—De modo que eres negra de verdad —susurró—… ¿Quién eres? Y recuerda: ya sin bromas, Marie.

—Me llamo Edwina Mayflower, y soy agente de la CIA.

—¿La persona importante que tenía que llegar a las Seychelles?

—Sí —admitió de mala gana Marie.

—¿Qué pasó con Moy y los demás?

—Tuvieron mala suerte.

—¿Debo entender que tras conseguir de ellos la pista de Emilio fueron… eliminados por ti?

—Son cosas que pasan.

—¿Y quién te habló de Olia, quién la delató a ella? ¿Moy?

—No. Fue un rastreo simple: solamente una persona en esta parte del mundo sabía mi llegada a Seychelles, y no lo había dicho más que a otra. Esta otra, pues, tenía que habérselo dicho a su vez a otra más. Es decir, que el «técnico» se lo había dicho a Charlton Bannister, y éste, a su vez, se lo dijo en la cama a Olia Kunta.

—Inteligentes deducciones, Edwina. De modo que Kunta nos lo dice a Emilio y a mí, Emilio envía unos cuantos hombres a por ti, te escapas y consigues la pista, vienes a Mombasa, aprietas las clavijas a Olia, y así llegas a la casa de Azania Drive. Bueno, digamos que estamos entre buenos profesionales, ¿no te parece?

—Yo lo soy —sonrió Marie Lafrance-Edwina Mayflower-Brigitte Montfort-Baby.

—Eso significa que esperas encontrar el modo de salir bien librada de esta situación.

—Siempre hay una esperanza.

Olaf Olstrom volvió a sonreír. Le pidió a la intrusa las llaves del coche y la explicación del lugar exacto donde lo había dejado.

Provistos de las llaves, dos hombres se dirigieron hacia la salida del almacén con el propósito de liberar a Zivo de su cautiverio.

—Podemos sentarnos —dijo Olaf, señalando unas cajas—… La vida ya es demasiado dura pira privarnos de estos pequeños descansos. Tengo un compañero que, a pesar de que ni siquiera ha cumplido los cuarenta, empieza a tener varices en las piernas, debido a permanecer muchas horas de pie.

—La verdad es que no me gustaría tener varices —admitió Marie—: afean mucho las piernas, además de ser peligrosas para la salud. ¿Te importa invitarme a fumar?

—De ninguna manera.

Olaf encendió dos cigarrillos, le tendió uno a Marie, y mientras ésta lo cogía, él introdujo dos dedos en su escote, y retiró con suave gesto la pistola de cachas de madreperla, que contempló con curiosidad. Acto seguido se la guardó en un bolsillo, y se quedó mirando, siempre amablemente, a la espía americana.

—Conque Edwina Mayflower y de la CIA, ¿eh?

—Sí. ¿Cuál es el barco que estás planeando atacar?

—Un transporte o carguero con bandera australiana que llegará en breve a un todavía no determinado lugar de la costa oriental de África. Su nombre es Port Canberra.

Marie Lafrance se quedó mirando fijamente a Olaf.

—En ese barco —murmuró— viajan más de sesenta personas, Olaf.

—Sí, lo sé. Y una enorme cantidad de armas.

—¿Armas? ¿A qué viene esa tontería? ¡No viajan armas en el Port Canberra!

—¿No? ¿Qué es lo que transporta ese barco, entonces?

—Es evidente que te has enterado: en ese barco viaja todo el material necesario para la instalación y funcionamiento en toda África de la AAFR. Millones de dólares en material electrónico y de comunicación, pero ni una sola arma. Así que ten mucho cuidado con lo que hacéis, Stepan Bolnakov.

—¿Me estás amenazando?

—Si hundes un carguero en el que hay más de sesenta personas y que sólo transporta lo que te he dicho, atente a las consecuencias.

—De modo que sí me amenazas —se pasmó el ruso—… O sea, los americanos estáis introduciendo o a punto de introducir todo un

barco enorme lleno de armas para vuestros agitadores en todo el continente africano, y tú me amenazas porque yo quiero hundirlo.

—No hay armas en el Port Canberra.

—En el Port Canberra —dijo hoscamente el ruso— hay tantas armas de toda clase que podéis armar media África. ¡Maldita sea, no me vengas con cuentos a mí! Os inventáis esa tontería de la AAFR para distraer la atención de todo nuestro servicio de vigilancia, y mientras tanto pretendéis pasar ante nuestras narices un barco cargado de armas suficientes para que diez mil mercenarios masacren el continente… ¡Mierda!

—¿De dónde has sacado esa información?

—¡A ti te voy a decir de dónde he sacado esa información!

—Lo hago por el bien de la KGB, para que vayáis con cuidado, pues os han informado mal. Lo que ignoro es si lo han hecho con buena o con mala fe.

—¡Ésta es buena! —Se pasmó el ruso—. ¡Nada menos que te permites darnos consejos a la KGB! ¿Quién demonios te has creído que eres? Porque si fueses Baby, que es quien nos dijeron que seguramente tomaría parte en esto, tal vez te escucharía de algún modo, pero… ¿quién eres tú, vamos a ver? ¡No eres más que una mierdosa espía cualquiera que viene a colocarme cuentos chinos!

—Stepan: si alguien te ha dicho que Estados Unidos, o la CIA, está preparando alguna jugada especialmente sucia en esta ocasión y con la cobertura del asunto de la AAFR, te ha mentido. Sea quien sea, te ha mentido. La CIA quiere instalar una cadena de emisoras que cubra todo el continente africano, y eso es todo.

Stepan estaba visiblemente enfadado con Marie Lafrance, pero la llegada de Zivo le impidió demostrarlo. El negro llegó con el rostro transfigurado por la rabia, reluciente su ojo sano, crispada la boca. Tenía una pistola en la mano, y apuntó con ella al rostro de Marie Lafrance, que se quedó mirándolo serenamente, con un altivo gesto natural.

—Maldita americana —jadeó Zivo—… ¡Te voy a…!

—Espera un momento —dijo Stepan—. Antes que cualquier otra cosa tengo que consultarle algo a Emilio, Zivo.

—¡Le voy a arrancar las entrañas a esta puerca! —Se adelantó el negro tuerto hacia Marie.

—De acuerdo, pero no ahora. Tú y yo vamos a… Un momento:

¿qué es eso? —señaló.

—Un maletín —mostró más ostensiblemente el hombre que lo tenía en las manos—: estaba bajo un asiento del coche de ella.

Sin decir nada más, Stepan se hizo cargo del maletín, lo colocó sobre una caja, y lo abrió, comenzando a examinarlo calmosamente. No llegó a descubrir el doble fondo, pero cuando terminó de examinar las extrañas cosas que contenía el maletín rojo con florecillas azules miró lentamente a Marie, y luego a Zivo.

—Ven, Zivo —murmuró—, tenemos que comunicarnos con Emilio.

Zivo dirigió una centelleante mirada a Marie, y de pronto saltó hacia ella y le golpeé con la pistola en lo alto de la cabeza, sin darle tiempo a terminar su movimiento de protección. La fuerza del impacto derribó de rodillas a Marie, cuya turbia mirada divisó ante ella la parte media del cuerpo del negro, y, sin más miramientos, lanzó hacia allí un tremendo *tsuki* de karate que acertó a Zivo en los testículos. El negro lanzó un bramido, y se encogió, pero, al mismo tiempo, lanzó otro golpe con la pistola, alcanzando de nuevo a Marie en la cabeza.

La espía americana puso los ojos en blanco, y cayó de costado al sucio suelo. Zivo estaba maldiciendo, encogido, pero se las arregló para comenzar a pegar puntapiés al caído cuerpo de Marie, alcanzándola en él vientre, en el pecho, en un costado… De los golpes recibidos en la cabeza brotaban hilos de sangre, manchando el bello rostro de Marie Lafrance con un bello tono escarlata.

—Ya basta —dijo Stepan, sujetando a Zivo por un brazo y apartándolo—. Luego nos ocuparemos de ella. Ahora tenemos que hablar.

Capítulo VII

Desde segundos antes de recuperar el conocimiento había estado oyendo un rumor que no tardó en identificar: los motores de una lancha navegando. Al recuperarse plenamente se convenció de ello. Estaba tendida en el suelo, en el interior de una lancha, atada de pies y manos. Por las dos circulares y pequeñas portillas, una a estribor y otra a babor, se distinguía la aterciopelada oscuridad de la noche. Olía deliciosamente a mar.

Hacía poco que se había recuperado cuando apareció Zivo en el pequeño habitáculo de la lancha, y se quedó mirándola con perversa sonrisa en su siniestro rostro.

—De modo que ya has despertado —dijo con inquietante amabilidad—... Pues mejor, porque no me hace gracia violar a una mujer dormida. Siempre es más estimulante cuando ella está despierta y grita.

Marie se limitó a mirarlo. Zivo frunció el ceño, se acercó a ella, le arrancó la ropa a zarpazos, dejándola mal cubierta apenas con unos cuantos jirones, y la colocó arrodillada en el suelo, con el torso echado hacia delante. Se arrodilló tras ella, abrió sus pantalones, e inició su agresión sexual. Marie se dejó caer de costado, esquivando la penetración, y Zivo rió, acercándose de rodillas a ella, agitando su miembro viril.

—¡Eso es, resístete, así te...!

Los dos pies juntos de Marie le golpearon en pleno rostro, derribándolo. Zivo chilló, se puso en pie de un salto, y comenzó a maldecir de un modo horroroso, abalanzándose acto seguido sobre Marie, a la que volvió a colocar en la postura deseada, la sujetó fuertemente por las caderas, y finalmente pudo conseguir penetrarla, aullando:

—¡Así, como a una perra que eres...! ¡Vamos, grita...! ¡Aúlla! ¡Aúlla, perra, aúlla, que te estoy violando...!

La boca de Marie Lafrance permaneció cerrada. Ya ni siquiera intentó una lucha que sabía era inútil y con la que sólo iba a conseguir causar mayor diversión y placer a Zivo, de modo que permaneció quieta como si fuese de piedra… Apretó los labios cuando oyó tras ella el rugido de placer de Zivo, que enseguida se apartó y comenzó a reír guturalmente.

—¡Ha estado bueno, ¿verdad que sí?! ¡Dime que te ha gustado mucho, perra miserable!

Marie se las arregló para sentarse de nuevo, y se quedó mirando a Zivo, que seguía riendo, muy satisfecho. Y así estaba la situación cuando entró en el camarín el gigantesco Stepan, que captó la escena, comprendió lo sucedido, y miró coléricamente a Zivo.

—Maldito seas —jadeó—… ¡No has debido hacer eso!

—¿Por qué no? —rió Zivo—. ¿Acaso querías reservártela sólo para ti?

¡Podemos compartirla! ¡Tíratela ahora si quieres, yo voy a ver si divisamos ya las otras lanchas!

Salió riendo, y Stepan miró disgustado a Marie Lafrance, que le contemplaba con atención.

—Siento lo ocurrido —masculló el ruso.

—¿Estás hablando en serio? ¿Lo sientes?

—Yo no ha venido a África a violar a nadie, sino a hacer mi trabajo. Desde que llegué aquí me dedico a espiar, no a porquerías.

—Si tu trabajo consiste en hundir el Port Canberra vas a cometer un gran error y sesenta y tantos asesinatos. Yo puedo proporcionarte un triunfo mejor, Stepan: ven conmigo a visitar el Port Canberra, miras todo lo que quieras en el barco, y luego presentas tu informe a la KGB. Y no hay posibilidad de engaño, pues llegaremos allá de sorpresa. No creerás que está prevista tu visita, ¿verdad?

—Es decir —murmuró el ruso—, qué tú sabes por dónde y cuándo va a llegar el Port Canberra a África, y su puerto de destino. Y no sólo eso, sino que tienes la certeza de que si tú vas a ese barco serás admitida a bordo, y que podrás hacer en él lo que quieras…, incluso pasear por todo el barco con un agente de la KGB. ¿He entendido bien? ¿Es así?

—Sí.

—¿Y qué me dices de la Escuela de Tudor Road? ¿También

podría visitarla en tu compañía y convencerme de que realmente es una escuela para futuros técnicos de radio?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué otra cosa crees que es, sino eso?

—Edwina: esa Escuela no es para radiotécnicos, locutores, ni nada parecido. Es una Escuela para instruir a más de cincuenta comandantes mercenarios respecto a sus primeros cometidos sangrientos en África cuando lleguen las armas que transporta el Port Canberra.

—Santo cielo —jadeó Marie—… ¡¿De dónde has sacado todas esas barbaridades?! ¡Yo no estaría interviniendo en esto si se tratase de lo que tú has dicho!

—¿No? ¿Por qué no? Eres de la CIA, ¿no es así?

—Yo también me dedico a espiar, no a hacer porquerías.

—Pues a sabiendas o no te has metido en una gran porquería.

Edwina Mayflower se quedó mirando fijamente a Stepan, pensativa.

—No —murmuró—… ¡No se atreverían a hacerme eso a mí! Es a ti a quien están mintiendo, Stepan. Vamos al barco y te lo demostraré. Con una buena lancha podemos entrar en contacto con él antes de veinticuatro horas.

—¿Y por qué demonios he de creerte, por qué demonios tengo que confiar en ti? ¡Todo esto es absurdo!

—Si no confías en mí todos tendremos que lamentarlo.

—En tu maletín hay cosas verdaderamente peculiares, y un pasaporte a nombre de Brigitte Montfort. Conozco a Brigitte Montfort, quiero decir que sé quién es, y me gustaría saber por qué tienes tú un pasaporte a nombre de ella. Eres muy especial, desde luego: Marie Lafrance-Edwina Mayflower-Brigitte Montfort…, y Zivo me ha dicho que hablas ruso y que le dijiste que tu nombre es Galina Cherkova… Si no fueses negra tendría que pensar que eres la agente Baby.

—¿Y por qué no puede ser negra la agente Baby?

—En la KGB sabemos que no es negra. ¡Maldita sea, no tengo por qué creer nada de lo que tú dices!

—Pues no lo creas. Pero vamos a ver el Port Canberra y te convencerás.

—¡O no saldré jamás vivo de ese barco!

Edwina Mayflower ya no dijo nada más. Apretó los labios y eso

fue todo. Stepan la miraba. De pronto, se acercó al pequeño compartimiento donde estaba instalada la diminuta cocina, se procuró agua, y regresó ante la prisionera, a la que limpió la sangre seca que se adhería como molesta costra al rostro, evitando mirar sus desnudos pechos y las señales de la violación a que la había sometido el repugnante Zivo…

—No podré convencer a Emilio de que debemos escucharte —murmuró.

—Emilio Carrasco no es más que un asesino —susurró Edwina—. Tal vez esté trabajando para la KGB, pero es asesino nato, Stepan. Es la clase de hombre que quizá solucione algunos problemas, pero provoca otros mayores.

—Eso no tiene objeto ni sentido.

—Tiene objeto y tiene sentido si lo analizas: cuantos más problemas existan en África más veces se recurrirá a Emilio Carrasco para que los resuelva, y así, él irá siendo cada vez más importante y ganando más dinero… Pero siempre a base de lo mismo: resolver un problema y crear otro más grave, siempre para mayor gloria suya dentro del servido secreto cubano y de sus amigos los rusos. Si ha sido Emilio Carrasco quien te ha informado del asunto del Port Canberra y las armas, te ha mentido. Y si la KGB interviene en el hundimiento del Port Canberra habrá serias complicaciones a alto nivel. Ten cuidado, Stepan.

—¡No me amenaces!

—No te estoy amenazando.

El ruso masculló una maldición, y abandonó el camarín. La lancha continuaba navegando a buena marcha. Edwina Mayflower comenzó a sentir sueño… Estaba casi dormida cuando reapareció Zivo, que se acercó a ella y le tocó groseramente los pechos y el bajo vientre, sin dejar de reír. Cuando Brigitte temía que iba a ser violada otra vez, el negro se envolvió en una manta, se tendió en una de las literas, y se dispuso a dormir, sin preocuparse de que la espía americana, prácticamente desnuda, yaciese en el suelo y sin abrigo alguno. Durante algunos minutos, Brigitte estuvo vigilando al negro, pero pronto se convenció de que él quería dormir, simplemente. Ella también se durmió.

* * *

La despertó un leve ruido, abrió los ojos, y se quedó mirando a Zivo, que acababa de sentarse en la litera, con el horrendo rostro como retorcido por las horas de sueño. Por las pequeñas portillas se veía ahora el cielo azul, y penetraba en la lancha el resplandor dorado del amanecer. En el insólito silencio se oían voces en alguna parte. Y entre esas voces Marie distinguió perfectamente la de Stepan Bolnakov…

—¿Qué tal? —La miró perversamente Zivo—. ¡Volveré enseguida para hacerte de nuevo feliz, como ayer!

Riendo, salió del camarín. Su voz se unió a las demás voces… No se oían los motores de la lancha, que se mecía sobre el oleaje, el cual crujía contra el casco de la pequeña embarcación. Arriba, las voces parecían tornarse duras y agrias. Luego, se alejaron. Dejó de oírlas. Ahora el silencio era absoluto, salvo el mar, que seguía crujiendo contra el casco de la lancha. Era un hermosísimo amanecer.

Quince minutos más tarde, cuando Brigitte casi se había hecho sangre en las muñecas intentando en vano librarse de las ligaduras, oyó el impacto de una sola persona saltando a bordo de la lancha. Luego, oyó los motores de otra lancha, y otra, y otra… Tres lanchas, que se alejaban. La espía comprendió: Stepan se había reunido con otras tres lanchas, habían tenido una conferencia con sus ocupantes, y ahora esas tres lanchas se alejaban, mientras que una sola persona había regresado a la lancha de Stepan, en la que se hallaba ella. ¿Tal vez era Zivo, que deseaba cumplir su amenaza de violarla de nuevo?

No era Zivo.

Stepan apareció, cuando ya había dejado de oírse el rumor de las otras lanchas alejándose. Sin decir palabra, cortó las ligaduras que sujetaban las manos y los pies de su colega americana, y señaló uno de los estrechos armarios empotrados.

—Mira a ver qué ropa encuentras ahí —gruñó.

—¿Estamos solos en la lancha? —murmuró Brigitte.

—Sí. Vamos a acudir al encuentro del Port Canberra tú y yo.

—Supongo que has tomado tus precauciones —dijo ella, acercándose al armario y abriéndolo—… Quiero decir, para el caso de que te haya mentido.

—He tomado mis precauciones, desde luego.

Brigitte asintió. Dentro del armario había alguna ropa de hombre, que seleccionó: un jersey, unos pantalones blancos, y unas zapatillas. Terminó de desprenderse de los andrajos en que había quedado convertida su ropa, se puso la recién conseguida, y se quedó mirando las zapatillas, que era lo único que no podía amoldar más o menos aceptablemente a ella. Además olían a diablos muertos.

—Prefiero ir descalza —dijo.

—A tu gusto. ¿Qué rumbo tomamos?

—¿Dónde estamos ahora?

—A la altura de las Comoras, entre éstas y la costa continental.

—El Port Canberra debió de zarpar ayer de Diego Suárez, en Madagascar, donde debía hacer una escala técnica. En estos momentos debe de estar navegando por el Canal de Mozambique en dirección sudoeste de las islas Aldabra, en dirección a Dar es Salaam.

—Es decir, que si doy la vuelta y navegamos en dirección norte hay muchas probabilidades de que nos encontremos con ese barco.

—Todas las probabilidades, si me dejas utilizar la radio cuando estemos a la altura de las Aldabra.

—Es decir, qué estás muy bien enterada de todo el proyecto en todos sus detalles y fases, ¿no es así?

—Yo nunca trabajo de otro modo…, salvo que se presenten imprevistos de urgencia.

—Entiendo. Muy bien, vamos a tomar rumbo norte, Edwina. Y por supuesto, te dejaré utilizar la radio cuando quieras.

—Estupendo —de pronto, Edwina sonrió—… ¡Tengo hambre!

—Supongo que encontraremos algo de comer a bordo… ¡No va a ser un día divertido, precisamente, con este sol!

—A mí me encanta el sol, de modo que si tú prefieres quedarte aquí dentro no tengo inconveniente en pilotar la lancha.

—Nos iremos turnando. —Stepan Bolnakov movió la cabeza como admirado de algo realmente fantástico—. Debo de estar loco por hacerte caso, pero ya no tiene remedio.

—Te alegrarás de haberme escuchado.

* * *

Tras las llamadas efectuadas por Brigitte utilizando la radio de la lancha, avistaron finalmente el Port Canberra al atardecer. Brigitte, que en aquellos momentos estaba desnuda tomando el sol, procedió a vestirse rápidamente, sujetando de nuevo los amplios pantalones a su cintura utilizando el cinturón de Olia, que era lo único que había quedado en buen estado, de su anterior indumentaria.

—Supongo —dijo Stepan— que es el sol que me está jugando una mala pasada, pero yo diría que no tienes la piel tan negra como esta mañana… Camarada; eres realmente todo un caso de excepciones y cosas raras; te has pasado el día tomando el sol y al final de la jornada tu piel es más blanca que al principio. ¿Cómo explicarías esto?

—Todos tenemos nuestra jugada especial, Stepan. Por ejemplo, tú has utilizado la del emisor. Es decir, que en esta lancha llevamos un emisor que ha estado funcionando todo el tiempo, a fin de que tus otras tres lanchas hayan podido seguirnos durante todo el día a suficiente distancia para que yo no pudiera avistarlas. Pero no están demasiado lejos, ¿verdad?

—Eres endemoniadamente lista —sonrió simpáticamente Bolnakov—. En efecto, están detrás de nosotros todo el día, y pronto nos alcanzarán, ya que vamos a detenernos. Te diré una cosa: están lo suficientemente bien armadas, como ésta, para causar al Port Canberra daños irreparables de modo que podemos enviarlo al fondo del mar. Pero no debes preocuparte: yo voy a visitar ese barco, y si realmente sólo transporta cosas para la AAFR no ocurrirá nada.

—¿Viaja Emilio Carrasco en una de las tres lanchas que nos han estado siguiendo todo el día?

—Desde luego.

—Bien. Créeme que lo siento, camarada.

—¿Qué quieres dec…?

El golpe propinado de modo imprevisto por Edwina Mayflower acertó de lleno a Stepan en un lado de la frente. El ruso gritó, se tambaleó, intentó agarrar a la negra por el cuello…, y ella le golpeó de nuevo, ahora con el canto de la mano en la garganta. Los ojos del ruso se desorbitaron, su rostro se desencajó, y quedó tambaleante como un hermoso monolito. Otro golpe, de nuevo en la frente, lo fulminó sobre la cubierta de la lancha.

El azul del mar era insólitamente espléndido aquel atardecer tropical.

La espía utilizó de nuevo la radio de la lancha para comunicarse con el Port Canberra utilizando la onda especial.

—Estén preparados para un ataque por mar antes de que transcurran quince minutos. Tres lanchas suficientemente armadas para enviarlos al fondo del mar se están acercando procedentes del sur. ¿Entendido?

—Entendido y no se preocupe. ¿Algo más?

—Quiero subir a bordo. Y necesitaré ayuda para subir a una persona, a menos que puedan izar la lancha.

—Colóquese a estribor del barco, izaremos la lancha con ustedes a bordo. Brigitte cortó la comunicación, maniobró con la lancha hasta colocarla al costado del Port Canberra, y la pequeña embarcación fue enganchada e izada. Stepan, que se iba recuperando, se encontró finalmente ante la sonriente espía americana, que le señaló la radio con la mano izquierda, mientras con la derecha le apuntaba con su recién recuperada pistola de cachas de madreperla.

—Te aconsejo que llames a tus amigos y les digas que si atacan el Port Canberra serán desmenuzados.

—No atacarán salvo que yo se lo indique…, o pase el suficiente tiempo para que comprendan que jamás podré volver a comunicarme con ellos.

—Vamos, que yo te habría asesinado, ¿no? O sea, que aquí no hay más malos que los norteamericanos, mientras que los rusos y los cubanos sois unos angelitos que nunca hacéis jugadas sucias. ¿Qué me dices de la tuya? Me dices que sólo quieres convencerte de que este barco no transporta armas, pero detrás de ti llegan tus amigos para hundirlo, contando con tu ayuda, claro está, pues si no te hubiese golpeado ahora sería yo quien estaría a tu merced. Y tú te unirías a tus amigos para atacar con las cuatro lanchas el Port Canberra y luego marcharos tranquilamente, tras hundirlo.

—En ningún momento he creído que en este barco no haya armas.

—No lo has creído, ¿eh? —replicó duramente Brigitte—. Pues te vas a convencer, listísimo espía soviético. ¡Vamos, salta a la cubierta del barco!

—Sería mejor para ti que te alejases con la lancha —advirtió el ruso—… Mis camaradas van a hundirlo, cueste lo que cueste.

—Stepan, una cosa es que este barco no transporte armas y otra cosa es que cometa la locura de afrontar esta misión sin haber tomado las debidas precauciones: si tus camaradas nos atacan serán pulverizados en cuestión de segundos. Mira eso.

Brigitte señaló hacia el puente del Port Canberra, donde acababan de ser liberados de su camuflaje un conjunto de cañones modernísimos de aspecto impresionante. El ruso palideció, y miró a la espía americana, que señaló de nuevo la radio.

—Todavía estás a tiempo de advertirles —murmuró.

—No daré contraorden hasta asegurarme de que no hay armas para el continente africano a bordo —se mostró inflexible Stepan.

—De acuerdo —aceptó Brigitte—. Tenemos diez o quince minutos para visitar el barco. Y cuanto antes empecemos antes terminaremos.

Desde la lancha, los dos saltaron a la cubierta del Port Canberra, observados por algunos silenciosos tripulantes. El barco se había detenido, y flotaba como un simple juguete en la azul inmensidad del mar como empapado de sol y cielo.

—Mejor pensado —dijo Brigitte—, yo prefiero quedarme aquí por si fuese necesario tomar decisiones especiales. Dos oficiales te acompañarán a examinar todo lo que tú quieras. Como si el barco fuese tuyo.

Stepan soltó un gruñido, mientras Brigitte se acercaba al grupo de mando del barco, que aguardaba a discreta distancia. Conversó raudamente con ellos, se procuró un paquete de cigarrillos y un estuche de cerillas, y tras encender un cigarrillo pareció desentenderse del asunto, acercándose a la borda para quedarse mirando hacia el sur.

Dos oficiales se acercaron a Stepan.

—Estarnos a sus órdenes —dijo uno de ellos—. ¿Por dónde desea empezar? Doce minutos más tarde, Stepan Bolnakov reaparecía en cubierta, y se acercaba a Edwina Mayflower, cuya piel era de un tono apenas oscuro. El ruso la miró, parpadeó, y luego gruñó:

—Voy a llamar por la radio para decirles a mis compañeros que no ataquen el Port Canberra.

—Acertada decisión —dijo amablemente Edwina—... ¿Has encontrado algunas armas importantes, o te parece que puede haber un cargamento escondido en alguna parte?

—Si hay armas escondidas en este barco no serían suficientes ni para armar un grupo de infelices —masculló Stepan—... ¡Maldita sea, no entiendo nada de todo esto! ¡En este barco sólo hay material electrónico!

—Apresúrate a decírselo así a tus amigos —señaló Brigitte hacia el sur—, porque ahí llegan.

Efectivamente, en el azul del mar, cada vez más y más rápidamente oscuro por la veloz llegada de la noche, destacaban sobre todo las blancas estrías que las tres veloces lanchas iban dejando tras ellas. Stepan corrió hacia su lancha, se encaramó a ella, y manipuló inmediatamente en la radio, comenzando a hablar a toda prisa en ruso. Brigitte, que le había seguido, entendió perfectamente la rápida explicación de su colega en el sentido de que el Port Canberra solamente transportaba material electrónico, por lo que, simplemente, las tres lanchas debían cambiar su rumbo y dirigirse hacia la costa, al lugar convenido...

Brigitte, que mantenía la mirada fija en las tres lanchas, comprendió las intenciones de éstas antes que el ruso.

—Me parece que no te van a hacer caso —advirtió.

Stepan la miró, dedicó de nuevo su atención a la radio, y comenzó a gritar órdenes y maldiciones..., mientras las tres lanchas seguían buscando la proximidad adecuada al Port Canberra para alcanzarlo con sus armas. Stepan les gritó que si se acercaban más los iban a hacer trizas, pues el armamento del barco era muy superior al de las lanchas, pero, como hasta entonces, ni siquiera obtuvo respuesta.

Desde una de las lanchas partió el primer disparo, y Stepan se volvió a mirar a Brigitte con expresión desorbitada. La espía americana hizo un gesto como de impotencia..., mientras uno de los cañones del barco dejaba oír su poderosa voz. Una de las lanchas fue acertada de lleno, y saltó convertida en astillas, sencillamente pulverizada por el tremendo impacto, dejando en el aire bolas de fuego y cuerpos destrozados que fueron cayendo como lluvia de carnaza para los tiburones...

—Diles que no disparen más —exclamó Stepan—... ¡Diles que

no disparen más, los van a destrozar a todos!

—Diles tú que se alejen —replicó sin alterarse la espía americana—… No pienso tolerar el menor riesgo para los tripulantes del Port Canberra: si esas dos lanchas siguen acercándose y disparando correrán la misma suerte que la otra. Desde una de las lanchas volvieron a disparar. Era sencillamente absurdo lo que estaban haciendo, dos pequeñas lanchas contra un barco que no era un indefenso carguero corriente, sino un barco bien preparado para afrontar cualquier eventualidad.

Y lo demostró disparando de nuevo, aunque con menos acierto que la vez anterior, quizá porque la lancha que eligió como blanco iba navegando en zigzag. No la alcanzó de lleno, pero el impacto arrancó la popa de la lancha, y lanzó el resto, girando fuertemente, casi cien metros más allá, donde cayó con siniestro crujido, se abrió, y quedó flotando talmente como un frágil juguete reventado por el pie de un gigante. La lancha que quedaba demostró disponer de personal pensante: viró, y se lanzó a toda velocidad hacia la costa continental, alejándose del Port Canberra. Brigitte miró al demudado Stepan, y luego llamó al capitán del barco.

—Vean si hay algún sobreviviente en esa lancha destrozada.

—Inmediatamente.

Del mar fueron rescatados solamente tres hombres, uno de ellos ya cadáver, otro muy malherido, y el tercero, sin duda un ruso, agonizante. Los dos últimos fueron llevados a la enfermería, adonde los siguió Stepan.

El hombre malherido, de raza negra, estaba sin sentido. En contraste, el ruso agonizante parecía más lúcido que nadie, y miraba a Bolnakov con los ojos muy abiertos, como requiriendo su compañía cercana. Stepan se colocó a su lado en cuanto fue instalado en una camilla de la enfermería.

—Igor, maldita sea, ¿no oías que no hay armas aquí?

—Stepan —una ensangrentada mano de Igor se crispó en la ropa de su compañero—… Stepan, la… la Escuela, la… la Escuela… Emilio la… la va a… la va a… helicópteros…

Los ojos de Igor quedaron de repente desorbitadamente abiertos, fijos en la Muerte.

—¿Qué te ha dicho? —se interesó Brigitte—. ¿Qué ha dicho de la Escuela? ¿De qué Escuela hablaba?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—¡Sí lo sabes! ¡Ha hablado de la Escuela de la AAFR, donde sólo hay técnicos de radio, pero donde vosotros creéis que hay mercenarios de alto nivel recibiendo instrucciones para arrasar media África con las armas del Port Canberra! ¡Y no es eso lo que la CIA está tramando, sino controlar este continente por medio de la mente, no de las armas! ¡Lo de las armas ya está obsoleto!

—Edwina —jadeó Stepan—, tenemos que regresar a Mombasa cuanto antes… ¡Tenemos que regresar a Mombasa ahora!

Capítulo VIII

Era plena noche cuando la espía americana y el espía ruso llegaban a Mombasa, en uno de los helicópteros de la CIA pilotado por un agente de este organismo. El proceso había sido el siguiente: Brigitte y Stepan habían emprendido el regreso al continente utilizando de momento la veloz lancha del espía soviético, a cuyo encuentro, llamado por la radio del Port Canberra, había acudido desde Dar Es Salaam un helicóptero ocupado por un solo hombre, que en pleno mar y en plena noche había recogido a sus dos pasajeros. La lancha quedó abandonada, y sus dos ocupantes prosiguieron velozmente el viaje hacia Mombasa.

A su llegada a la ciudad, Edwina Mayflower ya no tenía nada de negra. Podía haberse inyectado más suero Blackcolor, puesto que había recuperado su maletín antes de abandonar la lancha, pero no valía la pena molestarse. En cuanto a Stepan Bolnakov, pese a las lentillas de contacto que seguían ocultando los azules ojos de la espía americana, la había identificado ya sin la menor duda. Habría sido un pobre tonto si no lo hubiera hecho aunque tan sólo fuese sumando el rostro de la ahora blanca Edwina Mayflower y aquel pasaporte a nombre de Brigitte Montfort que él había encontrado en el maletín…

El helicóptero se posó en Shelley Beach Road, muy cerca de los almacenes donde treinta horas antes había sido capturada Brigitte. Y apenas ésta había saltado a tierra cuando un hombre se acercó a ella.

—Tenemos esos almacenes rodeados hace más de una hora. Nadie ha entrado en ellos…, ni nadie ha salido.

—¿Han advertido a Bannister para que la Escuela sea desalojada?

—Desde luego. Todos están en lugar seguro. La Escuela de la AAFR ha sido evacuada.

—De acuerdo, Simón. Ahora, vamos a entrar en esos almacenes, pero con todas las precauciones. Cuando estuve la vez anterior vi dos helicópteros, y algunos hombres manipulando en ellos. En mi opinión, sólo podían estar tramando dos cosas. Una: cargar armas para utilizarlas contra la Escuela, incluso bombas para arrojarlas desde los aparatos. Dos, convertir uno de los helicópteros en una gigantesca bomba para dejarlo caer sobre la Escuela, dirigido a control remoto desde el otro helicóptero.

—Demonios… ¿Quién y por qué querría hacer una cosa así? ¡Todo esto no tiene sentido! ¡Nos hemos zurrado muchas veces con los rusos y los cubanos, pero esto…!

—Desde el principio, todo ha estado bajo el control de un solo hombre, Emilio Carrasco, cuyas maquinaciones son sencillamente siniestras: A toda costa quiere llevar a cabo una acción violenta en África que enfrente abiertamente a Estados Unidos con Rusia y Cuba, a fin de no perder su privilegiada posición personal en el continente africano. Por lo que sea, él quiere seguir siempre aquí, y no en paz, sino en guerra. Es decir, en una situación en que los seres como él sean útiles, incluso necesarios. Y para que los seres como él, asesinos natos, sean útiles, todo tiene que ir mal, tiene que morir mucha gente, tiene que haber toda clase de enfrentamientos… Ahora, imagínese que hubieran conseguido hundir el Port Canberra o que destruyan la Escuela con todos sus ocupantes dentro. O ambas cosas. Y todo ello, por supuesto, apoyados por agentes rusos… ¿Se imagina cómo se iban a poner las cosas en este pobre continente controlado por unos u otros desde hace tanto, tanto, tanto tiempo…?

—¡Pero ese tipo es un hijoputa! —jadeó Simón—. ¡Habría que cargárselo cuanto antes!

—Todo llegará —aseguró fríamente Brigitte—… Pero ahora tenemos que ocuparnos del almacén. Avise a nuestros compañeros para que dentro de tres minutos… ¡Un momento!

Brigitte señaló hacia la gran puerta del almacén central, que se estaba abriendo. En un instante, los agentes de la CIA que estaban visibles, desaparecieron, la avenida quedó cómo si no hubiera nadie. Las puertas terminaron de abrirse, y en el acto aparecieron los dos helicópteros, deslizándose silenciosamente hacia la avenida, empujados por varios hombres.

—Van a despegar —susurró Simón, parapetado con Brigitte y Stepan detrás de uno de los grandes camiones—. ¡Esta misma noche van a hacer lo que tengan planeado!

—Emilio Carrasco sabe que lo del Port Canberra le ha fallado, así que quiere intentar lo de la Escuela —dijo Brigitte.

—Lo mataré —jadeó Stepan Bolnakov—… ¡Lo mataré con mis propias manos, a ese…!

—Simón —le interrumpió Brigitte—, acérquese más a esos helicópteros, y advierta a esos hombres que si no se entregan van a morir. ¡Pero no se descuide!

—Quede tranquila: no tengo interés en morir.

Simón se deslizó por entre camiones hasta considerar que la distancia era suficiente para su voz, y entonces gritó la advertencia:

—¡Levanten todos las manos y apártense de los helicópteros, o los vamos a acribillar! ¡No repetiré el aviso…!

No le dieron opción a ello. Varios hombres comenzaron a disparar con pistolas y subfusiles hacia donde sonaba la voz del agente de la CIA, que, ciertamente, estaba bien protegido y replicó adecuadamente al fuego, derribando en un instante a dos hombres de sendos balazos.

En un segundo la tranquila avenida se convirtió en un infierno. Con los helicópteros había no menos de treinta hombres, que comenzaron a disparar hacia todos lados, mientras unos corrían hacia el interior del almacén y otros se encaramaban a los dos helicópteros… Al ver esto, Brigitte lanzó una exclamación, y se apresuró a abrir su maletín, del cual sacó el secador de cabello y el trípode de patas de aluminio que supuestamente servía de base para una cámara fotográfica… Se oían disparos y gritos por todas partes. Los motores de los dos helicópteros rugían ya, las aspas de uno comenzaren a girar, y enseguida las del otro…

El primero se separó del suelo balanceándose fuertemente, y pareció que fuese a salir disparado hacia el estrellado cielo, pero, como puestos de acuerdo, todos los agentes de la CIA que lo tenían a tiro concentraron su fuego contra él, abollándolo por todas partes, haciéndolo trepidar y balancearse más y más mientras se elevaba lentamente… De pronto, se detuvo, o produjo esa impresión, y tras parecer que iba a quedar suspendido eternamente cayó a plomo. Las aspas dejaron de girar, todo crujió, reventaron cristales… De

repente, el aparato estalló, y quedó envuelto en una enorme y breve llamarada.

Mientras tanto, el otro también había despegado, y parecía tener más suerte que el anterior, pues aunque varios balazos le estaban acertando no conseguían abatirlo.

Brigitte Baby Montfort había terminado ya de montar su tubo-fusil, en el cual introdujo una de las pequeñas cápsulas incendiarias que sacó del maletín. Apuntó al helicóptero, que se alejaba ya hacia el canal. Es decir, se disponía a cruzar el canal, volaría por encima de Mombasa, llegaría al otro extremo de ésta, y sin duda dejaría caer una gran carga de explosivos sobre la Escuela, ubicada en Tudor Road…

La mirada y el tubo-fusil de la espía más implacable del mundo siguió durante una breve medida de tiempo la trayectoria del helicóptero; luego, apretó el disparador de su especial arma. A más de ciento cincuenta metros, ya sobre las aguas del canal, el helicóptero pareció, de pronto, el componente de unos bonitos fuegos artificiales: quedó envuelto como en una nube de algodón azul, que enseguida adquirió una tonalidad violácea y acto seguido roja. El helicóptero estalló, y cayó como una bella bola de fuego a las aguas del canal, en las cuales se hundió… Fue entonces cuando la tremenda carga que transportaba con destino a la Escuela de la AAFR hizo explosión. El estampido sonó fuerte y sofocado, y un volcán de agua de más de cien metros se alzó hacia el cielo, provocando acto seguido una fina lluvia en una zona circular de un diámetro superior a la media milla.

—Caray —apareció un agente de la CIA junto a Baby—, ¡vaya espectáculo!

—Acérquese al almacén y advierta a esa gente que sabemos que disponen de armas y munición de sobra ahí dentro, pero que si no salen antes de quince segundos voy a lanzarles varias bombas incendiarias y todo quedará convertido en cenizas.

—Si yo fuese ellos saldría con las manos en alto.

—Pero usted es listo —intentó sonreír Brigitte—. Vaya a hacerlo.

Los hombres del almacén, mercenarios de la más dura escuela, no eran tontos. Sabían que se las estaban viendo con la CIA, sabían que del mismo modo que habían lanzado cápsulas incendiarias contra uno de los helicópteros podían convertir el almacén en un

infierno, y, además, se oían ya las sirenas de la policía de Mombasa, y se veían los reflejos de sus luces.

Así, que comenzaron a salir, con las manos en alto. Siempre era mejor la cárcel, de la que podrían escapar con un poco de suerte, que quedar allá dentro convertidos en cenizas. Un profesional sabe que lo último que se ha de hacer es jugarse la vida cuando es él y no los demás quienes llevan las de perder…

—Nosotros nos vamos de aquí —dijo Brigitte, cuando Simón acudió a reunirse con ella—. Supongo que tienen buena relación con la policía keniata, así que… ¿Dónde esté Bolnakov?

—Se fue en un camión —dijo otro agente de la CIA.

—¡Cómo que se fue en un camión! —saltó Brigitte.

—Bueno, le vi subir a uno, y arrancar a los pocos segundos. Me imagino que debió de arrancar los cables y conectarlos. La verdad es que no podía dedicar más atención a ese ruso, lo siento.

—Necesito un coche ahora mismo… No. Él habrá utilizado el ferrycar para cruzar, suponiendo que hubiera alguno disponible a esta hora… ¡Simón, tiene que llevarme al otro lado inmediatamente con el helicóptero!

—Cuando usted quiera. Pero si ese ruso ha llegado al otro lado, es decir, a Mombasa, ya no podremos encontrarle, porque…

—Lo encontraremos. Sé perfectamente adónde ha ido.

* * *

El camión había quedado casi delante mismo de la casa de Azania Drive, y Stepan había alcanzado el porche en unas cuantas zancadas. La puerta estaba cerrada, pero el ruso la abrió con su propia llave, y entró. Todo estaba a oscuras. Stepan encendió una luz, y escuchó cuidadosamente. Nada. Silencio absoluto.

—Emilio —llamó—… ¡Emilio, soy yo, Stepan! Silencio.

Stepan apretó los labios, y caminó hacia el interior de la casa.

—Emilio, tenemos que hablar —insistió, tras encender otra luz —. La espía americana lo ha desbaratado todo, pero yo sé quién es. Podemos escapar juntos tú y yo, y más adelante nos ocuparemos debidamente de ella…

Mientras hablaba, Stepan había llegado al comedor-cocina, donde cogió un gran cuchillo de cocina que escondió bajo la ropa.

Lo iba a hacer trizas: en cuanto viese al maldito Emilio Carrasco lo iba a despedazar. Ya le había seguido el juego en todo, incluso cuando lo último de las lanchas, y cuando le estuvo llamando Zivo para que la espía americana no supiera quién era…

—Emilio, sal, tenemos…

De repente, Zivo apareció ante el agente soviético, en el umbral de la puerta del retrete. Stepan respingó. Zivo sonrió, alzó la pistola provista de silenciador, y apuntó a Stepan al centro del pecho.

—Ruso de mierda —dijo en español. Plop, plop, plop.

Los tres impactos abrieron profundos boquetes en el pecho de Stepan Bolnakov, que no tuvo tiempo ni siquiera de exhibir el cuchillo con el que se había propuesto matar a Emilio Carrasco. Retrocedió, expeliendo manchurrones de sangre, cayó de espaldas, y simplemente quedó inmóvil, con la mirada fija en el sucio techo.

Zivo se acercó al ruso, se detuvo junto a él, y se quedó mirándolo.

—¿Qué creías? —dijo, ahora en ruso—. ¿Que ibas a engañarme, cerdo? ¡Ya ves lo que te ha pasado por ponerte de parte de esa puerca yanqui! Y no necesito que me digas quién es, porque ya lo sé, y sé que la encontraré cuando a mí me convenga… ¡Mierda para ti, por ponerte de su lado, so cabrón!

Zivo se guardó la pistola, pareció dispuesto a alejarse, pero de pronto sonrió, rió por fin ante la divertida idea que acababa de tener, y se colocó muy cerca de Stepan Bolnakov, se abrió el pantalón, sacó el pene, y se puso a orinar encima del ruso. Le entró una risa de lo más sonora al darse cuenta de que Stepan Bolnakov todavía estaba vivo, y dirigió el chorro de orines hada la cara del ruso, arreciando en sus carcajadas.

—¡A ella volveré a tirármela, porque me gustó mucho! —dijo sin dejar de reír—. ¡Y luego me mearé en su boca, como hago contigo, hasta ahogarla…!

—No muevas ni una pestaña, Zivo —sonó la femenina voz tras el negro tuerto.

Este es el final

El sobresalto de Zivo fue tan grande que incluso dejó de brotar la micción. Se quedó realmente inmóvil, como si fuese de piedra. No oyó nada más: simplemente, a los pocos segundos Brigitte Montfort apareció ante él, descalza y empuñando la pistola de cachas de madreperla.

En aquel mismo instante, un profundo suspiro brotó del pecho de Stepan Bolnakov, y Brigitte supo que el ruso acababa de expirar. Zivo la miraba a ella, fascinado.

Fascinado por el miedo y porque estaba viendo a la señorita Brigitte Montfort.

Y por si había tenido alguna duda respecto a la personalidad de aquella mujer, ella dijo, en español:

—Soy la agente Baby. Tú eres Emilio Carrasco, ¿no es cierto?

—No. Sólo soy un pobre negro…

—Ya. Me engañaste una vez, tengo que admitirlo, pero no volverás a hacerlo jamás, Zivo. Tú eres de los seres a los que yo siempre extermino, sin compasión alguna. Pero antes de matarte quiero que sepas que dentro de poco, también Estados Unidos tomará parte en el control de este continente, por medio de la AAFR, hasta que, quizás, algún día todos los continentes y todos los seres humanos sean verdaderamente libres, de lo cual están muy lejos ahora, crean lo que crean. El camino es muy largo, pero tal vez pueda ser recorrido cuando no existan seres como tú. ¿Qué pretendías? ¿Ser el rey de África? —había ironía en la voz de la espía americana.

—Sólo quería ser lo que era: un hombre importante y peligroso… ¡En Cuba nunca fui nada! Aquí, era el gran Emilio Carrasco, siempre útil, siempre eficaz… ¡No quería que la situación cambiase!

—Deja de sujetarte tu asqueroso pene y pon las manos sobre la

cabeza. Despacio… Eso es. Bien: ¿has terminado ya de orinar, Carrasco?

—Tengo mucho dinero —dijo Zivo—… He rapiñado muy importantes cantidades durante todos estos años. Podemos repartírnoslo.

—De modo que has venido a esta casa en busca del dinero que has estado escondiendo… Ya lo encontraré. Aunque el dinero no me interesa. Tengo muchísimo más que tú, tengo mucho más del que podría gastar en cien vidas de lujos. Lo único que me interesa de ti, es tu vida, Carrasco.

Diciendo esto, Brigitte se quitó el cinturón de Olia Kunta, y, de pronto, lanzó un veloz latigazo hacia Zivo.

Éste sintió apenas como un pinchazo, nada importante…, pero cuando miró ante él vio en el suelo su cortado pene, y, de repente, el tremendo chorro de sangre que brotó de la horrible amputación. Fue entonces cuando sintió el tremendo dolor y el espantoso horror de lo que acababa de ocurrirle. Cayó de rodillas y aulló:

—¡Mátame, mátame…!

—No vale la pena —dijo amablemente la espía americana—… Sólo tengo que esperar a que te desangres, Zivo. Y no tengo prisa.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *La guerra de las ondas*. <<

[2] Véase la aventura titulada *La escuela de la muerte*. < <